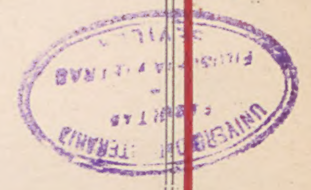
Año 1933 Número 62 Abril-Junio

BOLETÍN
DE LA
Academia Sevillana de Buenas Letras



LA ROMERÍA DEL ROCÍO





SUMARIO

Año 1933 Número 62 Abril-Junio

BOLETÍN

DE LA

Academia Sevillana de Buenas Letras

La Romería del Rocío

TRABAJOS LEÍDOS
EN LA SESIÓN ORDINARIA CELEBRADA EL VIERNES 2 DE JUNIO
DE 1933

NOTAS HISTÓRICAS SOBRE ROMERÍAS

La concurrencia periódica de la muchedumbre a los centros de culto nacionales, a recintos sagrados de extensas comarcas y a los santuarios, ermitas y capillas de diversos municipios, ha determinado una serie de peregrinaciones o romerías de valor histórico imponderable; porque en ellas se manifestaron y manifiestan espontáneas y variadísimas creaciones literarias y artísticas del ingenio popular, mezcladas unas veces y subordinadas siempre al hondo sentir religioso que fué causa principal de su existencia.

Por ende, si los cronistas de todo tiempo nos hubiesen referido pormenores de tantas peregrinaciones piadosas cuantas en el mundo se han dado, gozaríamos hoy de una visión tan real como interesante de la vida y costumbres en épocas lejanas; autorizada y fidedigna cual testimonio de escribas, pero más íntima y seductora, toda vez que libre de artificios no hay voluntad torcida que

la desfigure, ni es posible falsear hechos que se repiten a plazo fijo y tienen por fuente única el alma colectiva.

A falta de relatos minuciosos de autores contemporáneos, llegaron a nuestros días testimonios valiosos, noticias tradicionales y poéticas leyendas que aprovechamos al redactar la presente disertación.

* * *

Una vía ancha, de pavimento firme y adornada de esfinges, condujo a los peregrinos egipcios en derecho del recinto sagrado de Karnach; allí se esparcían por entre los once edificios que integraban el famoso lugar, y ante los obeliscos, pilonos y colosos realizaban las ceremonias del culto en obsequio de Amon Ra. El Faraón y los sacerdotes pueden ver a la divinidad en su mismo tabernáculo, y los iniciados ocupan pórticos y terrazas de los templos, estancias donde fué absoluta la prohibición de que penetrase el pueblo.

Sacrificios de animales, vistosas cabalgatas por el Nilo y ceremonias representativas de la lucha del Sol con las tinieblas constituían motivos primordiales de peregrinaciones al mencionado centro de culto; ante el altar donde sacrificaban reses hubo danzas y canciones acompañadas de sistro, flauta y tambor, escenas que se repiten si bien por causa distinta en cortejos fúnebres, y dignas de recuerdo fueron por su valor sentimental y figurativo las luchas de centenares de peregrinos armados de bastones hasta vencer a los guardianes decididos a impedir que volviese al templo, de donde salió días antes, la divinidad solar victoriosa de las tinieblas, conducida por sacerdotes en bellísimo carro triunfal de cuatro ruedas.

* * *

En Grecia ya no es el sacerdote el único facultado para interpretar y transmitir al pueblo la voluntad de los dioses, ni el Faraón quien hace las ofrendas a la divinidad en nombre de los súbditos; ahora son las repúblicas, ciudades, corporaciones y personas las que se congregan periódicamente en Olimpia, en

Delos o en la Acrópolis ateniense para el ejercicio del culto, deportes y certámenes, reflejados en las letras y en las artes del pueblo griego.

Desde la misma ciudad de Atenas principia la vía sagrada que termina en la gran Acrópolis, el más espléndido centro de culto de la diosa titular de Atica. La topografía del lugar es singularmente pintoresca: una meseta sobre colina no muy elevada cercana al mar donde se labraron los más bellos edificios que forjó el ingenio clásico. El conjunto resultaba de suaves contrastes de claro oscuro, pues mezclábanse en armónica y alegre ponderación el azul intenso del cielo con el tono claro del mármol pentélico, material constructivo predominante; y el verde del mar al fondo, como prolongación de la misma tonalidad de los bosques de la Acrópolis, contrapuesto a los vivos colores de estatuas, relieves, frisos, frontones y capiteles policromos, y a los lindos reflejos áureos, marfileños y broncíneos de los cascos, estatuas, corazas, escudos y lanzas atacados por los rayos del sol.

Ya están los peregrinos en los propíleos de columnas sobre gradas, y por sus cinco puertas entran en el recinto sagrado; admiran en primer término la pinacoteca, el templo de la Victoria sin alas y acaso la linterna de Lisícrates; luego el Erecteion, monumento del mayor interés al devoto griego, porque encerraba el ídolo de Minerva traído de Troya, la roca herida por el tridente de Poseidón, el pórtico de las Cariátides con el olivo que Minerva hizo brotar, y la serie de inscripciones que son inventarios de ofrendas de peregrinos y relaciones de vencedores en los deportes y certámenes mencionados.

Avanzando al comedio del recinto llegaban los peregrinos a la eminencia de la meseta, donde se alzaba el templo cumbre de la arquitectura griega, el Partenón, dispuesto para que pudiese ser visto de todas partes. Diseminados entre los edificios referidos se hallaban numerosos edículos o altares, el bosque con las estatuas de victoriosos jugadores, y las tribunas destinadas a la lectura por los poetas y oradores de sus composiciones y discursos. A la vista de los reunidos, pero fuera del recinto sagrado, lucían el Odeón para los himnos, plegarias y canciones; el Teatro para representaciones de comedias y el Estadium para los juegos; en suma, la Acrópolis ateniense fué sorprendente escenario de ceremonias de

culto, peregrinaciones y fiestas, cual la famosa de las Panateneas, en que brillaron las portentosas creaciones del ingenio ateniense.

***

A partir del acuerdo de los Apóstoles congregados al pie de la Cruz, de separarse para predicar el Evangelio por toda la tierra, se inicia el auge de las peregrinaciones nombradas mayores, tanto por el número de viajeros como por la extensión del itinerario a recorrer. Casi todas, salvo la dirigida al santuario de la Meca por los creyentes mahometanos, surgieron a impulsos del sentimiento católico, y se encaminaban a Roma, de aquí los romeros y romerías, sede Pontificia; a Jerusalén, cruzados y palmeros, para adorar los Santos Lugares y librarlos del dominio turco; la importantísima peregrinación de los llamados jacobitas para visitar el sepulcro del Apóstol Santiago, en Galicia, y la popular y constante romería al templo del Pilar de Zaragoza.

Cierto que el fervor religioso sigue presidiendo a tales peregrinaciones, pero debemos añadir que también mueve a los romeros el cumplimiento de votos privados y de penitencias canónicas, el deseo de aventuras, el espíritu militar y el afán de obtener riquezas; nuevas modalidades que superan aunque no excluyan el intenso valor literario y artístico de las peregrinaciones en la antigüedad.

Fué tan activa y nutrida la corriente de peregrinos jacobitas a Santiago de Compostela, como la de romeros y palmeros a Roma y Jerusalén respectivamente; unos y otros gozaron de todas las ventajas e indulgencias concedidas a las peregrinaciones mayores, y consta por relaciones auténticas del siglo XV que la afluencia de peregrinos al Santuario del Apóstol se multiplicaba al celebrarse la *fiesta del jubileo*, esto es, los años que caía en domingo la festividad de Santiago; entonces concurrían delegados regios cual los de Suecia y Francia, en sesenta y tres naves llegaron tres mil peregrinos de Inglaterra, y sesenta cabalgaduras trasladaron a Compostela a numerosas personas de la casa del Emperador Segismundo de Alemania lujosamente vestidas y aderezadas.

Los jacobitas caminaban de ordinario a pie, en pequeños grupos, entonando cánticos alusivos a los milagros del Santo, y sin apartarse del itinerario o caminos tradicionales, que al entrar en

territorio español se hallaban bien atendidos y vigilados. Sabido es que disponían los peregrinos de frecuentes lugares de refugio, hospederías, ventas y hospitales a lo largo de la ruta cantábrica; conocido es también el amparo y protección que les otorgaba el Fuero Real, Las Partidas y el Ordenamiento de Alcalá contra los fraudes de cambiadores de monedas, posaderos y mercaderes de todo género, y recuérdese además, que la seguridad personal del jacobita corría a cargo de la Santa Hermandad, temida y respetada Institución, que en plena decadencia, aún atemorizaba al escudero Sancho Panza cuando de esta suerte habla de ella a su amo Don Quijote: «Paréceme, Señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia, que según quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan, y a fe que si lo hacen que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo...; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da a ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos». Si a la jurisdicción de la Hermandad correspondió conocer y juzgar todo hecho punible cometido en despoblado o en poblado, cuando el delincuente se refugiaba en el campo para sustraerse a la justicia ordinaria; si se consideró yermo o despoblado a todo lugar con menos de cincuenta vecinos, y si pensamos en los procedimientos y penas que la Hermandad seguía y aplicaba, deduciremos con fundamento que el sosiego del peregrino jacobita en parte alguna pudo estar más garantido que en tierras de España.

* * *

Una vez más, nos causa pesadumbre el contemplar lo poco que se ha escrito y publicado del sinnúmero de romerías y procesiones celebradas en municipios de la que fué Provincia ordinaria de Sevilla—dividida hoy en tres: Cádiz, Sevilla y Huelva—, cuando son tales romerías menores las que perpetúan con más intensidad las espontáneas y valiosas manifestaciones tradicionales del ingenio popular, en costumbres, cantos, músicas, bailes, trajes y aderezos, sin mengua del peculiar fervor religioso que las animó siempre,

porque la tradición no es leyenda que se inventa, «sino algo que se transmite y recibe como un sagrado depósito».

¿Tienen bibliografía propia las peregrinaciones a las ermitas y capillas que mencionamos a continuación? ¿Cuentan con libros o folletos impresos propios, especialmente dedicados a describir sus múltiples aspectos? Acaso las de Guaditoca, Regla, Consolación, Valme y Rocío, sean las únicas que gocen de ellos; de las restantes, o nada se ha publicado o lo impreso se limita de ordinario a breves y livianos artículos de información, insertos en diarios, revistas folletos y hasta libros de misceláneas, *silva de varia lección* y por ende de difícil consulta.

Dudamos que exista algún libro o folleto impreso que nos describa y por consiguiente nos ilustre de las antiguas romerías y procesiones que en la provincia de Cádiz se realizaban a los santuarios, ermitas y capillas nombrados de los Remedios en Olvera; del Prado de los Santos y de Santa Ana, en Medina Sidonia; del Romeral, en Arcos de la Frontera; del Castillo, en Espera; del Palmar de la Luz, en Tarifa; de los Milagros, en el Puerto de Santa María; de la Montaña en Villamartín y de la Caridad y Guía, en Sanlúcar de Barrameda, mencionada por el erudito Rodrigo Caro, a quien debemos también esta noticia: «Cerca de la villa de Chipiona, al mediodía, junto al mar, está el Monasterio y santuario de Regla, con una imagen de Ntra. Señora de mucha devoción; dicen haberse hallado aquí en este mismo lugar en una capillita de aquellas que los cristianos mozárabes dejaron en su última persecución; hay muchas tablas votivas de maravillas de esta imagen que tiene el rostro muy moreno, testigo sin tacha de su mucha antigüedad».

Son tantas las noticias de capillas y ermitas con procesiones y veladas populares de la actual provincia de Sevilla, que para su más fácil recuento las ordenamos por abecedario de los municipios en que existieron o radican, a saber:

En Alanís, las ermitas de las Angustias y de San Juan.—En Alcalá de Guadaira, la de Ntra. Sra. del Águila.—En Alcolea del Río, la del Consuelo.—En La Algaba, la nombrada El Aras.—En El Arahal, la de San Antonio.—En Aznalcázar, la de la Quema.—En Aznalcóllar, las de Fuentesclaras y la Encarnación.—En Bollullos de la Mitación, la de Cuatrohabitan.—En Bormujos, el santuario

de Santo Domingo.—En La Campana, la ermita de Santa Marina.—En Carmona, las de San Antonio del Real, Santa Lucía y San Mateo, y el santuario de Ntra. Sra. de Gracia, patrona de la ciudad. —En Casariche la antigua ermita de Rigüelo o de Vaofebrero.—En Castilblanco de los Arroyos, las de San Benito y Ntra. Sra. de Escardiel, y en Castilleja de la Cuesta la de Ntra. Sra. de Guía.

Las ermitas de Castañarejo y la Celda, y el santuario de la Virgen del Monte en término municipal de Cazalla de la Sierra; las del Robledo y de la Yedra, en Constantina; la ermita de San Juan y el santuario de la Soledad, en Coria del Río; la ermita del Calvario en el Coronil; el histórico santuario de Ntra. Sra. de Valme y la capilla de Fuente Quintillo, en Dos Hermanas (1); las ermitas de San Antón y del Valle, y las capillas de Fray Jerónimo, de los Balbuenas y de San Antonio, en la ciudad de Ecija; Loreto, en Espartinas; las ermitas del Cristo y San Benito y el santuario de Ntra. Sra. de Guaditoca, en Guadalcanal; la ermita de Lerena, en Huévar; la de San Benito en Lebrija, «muy grande y devota, con la imagen de este santo que sacan en procesión», dice Rodrigo Caro; las ermitas de Ntro. Padre Jesús, de Mazuecos y de Nuestra Señora de Setefilla en Lora del Río; y la de Santa Eulalia, en Marchena.

En Montellano, las ermitas de Santo Domingo o las Lumbreras, la Pastora y San José; en Morón de la Frontera, las de San Juan, la Encarnación y la de Gracia; en Osuna, la nombrada Vía Sacra y la de Santa Ana; en Paradas, el santuario del Palomar y la ermita de San Albino; en Pedrera, la del Santo Cristo de la Sangre; en El Pedroso, la de Santa María del Espino; en Peñaflor, la de Villadiego; en Pilas, la ermita de Robayna; en La Puebla de Cazalla, el Santuario de las Navas y la ermita del Madroñal; en La Puebla de los Infantes, la de los Remedios; en La Rinconada, el santuario de San Bartolomé y la ermita de Ntra. Sra. de la Parra;

---

(1) El 17 de enero de 1921 la Jurisdicción eclesiástica aprobó, conforme había solicitado el culto presbítero don Juan Cabello Castilla, quedase instituída cierta Hermandad de Ntra. Sra. de los Reyes en la iglesia de los Dolores de la Plaza de Molviedro de nuestra capital, otorgándole licencia para visitar procesionalmente en octubre de cada año el histórico santuario de Valme del término de Dos-Hermanas. Sólo una vez concurrió al santuario referido, porque hermanos y romeros acuden a la capilla construída a tal efecto por D. José Anastasio Martín en su cortijo de Fuente Quintillo, también en tierras de Dos-Hermanas, motivo de llamarse por el vulgo a esta romería "la de Quintillo".

en La Roda de Andalucía, la de Ntra. Sra. de los Llanos; en Sanlúcar la Mayor, la de Benazúzar; en San Nicolás del Puerto, la ermita de San Diego; en Utrera, el santuario de Ntra. Sra. de Consolación; en Valencina del Alcor, la ermita de Torrijos; en Villanueva del Ariscal, la de San Miguel; y en Villaverde del Río, la de Aguas Santas, con Hermandad, imagen y capilla que se expresan en el documento inédito que reproducimos.

«pedro calderon vecino de seuilla en santa cruz otorgo que doy en donacion yrrebocable entre bibos a la cofradia de santa maria de aguas santas cuya congregacion es en la yglesia de billaberde un crucifixo de yndias con su cruz y aderezo de la manera que al presente esta conbiene a saber: la figura del cristo que es de altura de dos baras enclabado en la cruz y los clabos de hierro y su corona de espinas con sus potencias doradas puesto en unas pariguelas y acabado en toda perficion=el cual crucifixo os doy para que sea de la cofradia desde luego y le sirba en todas las prosiciones y fiestas que hiciereis que para este efeto yo lo truje de las provincias de la nueva españa=Sevilla, 2 de octubre de 1581».=(Arch, de protocolos. Oficio 14, libro 3.º)

Y con referencia a la provincia onubense actual, trozo amenísimo segregado de la antigua provincia sevillana, hay memoria de la ermita de los Ángeles, en Alájar; la del Rocío, en Almonte; la del Prado, en La Higuera de Aracena; el santuario de la Cinta, en Huelva; y la ermita de la Peña, en la Puebla de Guzmán.

* * *

Por excepción y dicha de estudiosos existen relaciones plausibles impresas de algunas famosas romerías menores, conforme anunciábamos, y en particular de la renombrada del Rocío, hoy capital de una bellísima aldea con más de cien viviendas—entre edificios y albergues—labradas por la devoción popular en las cercanías del Santuario, situado a quince kilómetros de la villa de Almonte, en la provincia de Huelva. Y he aquí, que al disponernos a redactar un ensayo de la bibliografía del tema, que no hicieron hasta hoy los autores, con el obligado juicio de tan discretísimas obras, me lo impide el hecho de ser miembros de esta Academia buen número de los dichos escritores, y como vale más callar que

decir poco tocante al particular que se ofrece, opto por consignar la siguiente nota bibliográfica escueta, donde figuran por orden alfabético de apellidos los trabajos de historiadores, poetas y críticos que hemos logrado examinar:

Adame y Muñoz, Serafín.—Feria del Rocío.—Torrijos. Capítulos publicados en la parte tercera del libro *Glorias de Sevilla,* escrito por Vicente Alvarez Miranda.—Sevilla. Imp. Carlos Santigosa. Año 1849.—Págs. 95-101 y 118-24.

Alvarez Quintero, S. y J.—Sevillanas del Rocío. Música del maestro Bravo y dibujo de Martínez de León. Insertos en el libro «*Quien no vió a Sevilla...*»—Sevilla, tip. Gironés. Año 1920, página 254.

Anónimo.—El Santuario de Torrijos.—*Revista Católica.*—Sevilla, 21 de octubre de 1894.—Núm. 882, págs. 657-59.

» La tradicional romería del Rocío.—*El Debate.*—Madrid, 3 de junio de 1933.—Núm. 7337, pág. 11, cuatro fotograbados.

Bueno, Angel.—Almonte por la Virgen del Rocío. Revista *La Inmaculada Milagrosa.*—Sevilla, 9 de junio de 1932.—Núm. 113, páginas 293-298.

Caro, Rodrigo.—Santuario de Ntra. Sra. de Consolación y antigüedad de la villa de Utrera.—Osuna, por Juan Serrano de Vargas. Año 1622.—Folleto 38 págs., inserto en el tomo primero de las *Obras de Rodrigo Caro,* edición de los *Bibliófilos Andaluces.*—Sevilla, imp. *El Mercantil Sevillano.* Año 1883.

Collantes de Terán, Alejandro.—La Romería de Torrijos.—Artículo en *A B C,* de Andalucía. Octubre 1930.

Cortines Murube, Felipe.—La Romería de Ntra. Sra. de Consolación. Romance.—Hoja suelta.—Sevilla, Imp. Izquierdo. Año 1915.

» Soneto a una estampa de la Virgen del Rocío. *El Siglo Futuro.*—Madrid, mayo de 1932.

Cózar y Lázaro, Juan Luis.—La restauración del Santuario de Ntra. Sra. del Rocío.—Con prólogo de José Sebastián y Bandarán.—Sevilla. Imp. Macía, suc. de Bayo. Año 1915. Folleto en 8.º con 78 págs.

Cheix Martínez, Isabel.—La vuelta del Rocío. Romance.—Revista *La Ilustración Bética.* Núm 4.—Sevilla, 16 de mayo 1881.

Díaz Martín, Manuel.—A Torrijos. Inserto en el libro titulado *Aires de mi tierra.*—Madrid. Imp. F. Fe, 1890. Págs. 111 a 164.

Fernán Caballero.—Noticia del origen de la Capilla Real de la Virgen de Valme y de su restauración, hecha por los Duques de Montpensier en 1859, y corona poética dedicada a los dichos Duques por la restauración hecha a sus expensas.—Sevilla. Imp. Francisco Alvarez y C.ª. Año 1859.—Folleto cuarto mayor de 151 págs.

Gallego y Burín, Antonio.—La Romería del Rocío.—Las carretas pasan.—Artículo dedicado a Juan Lafita. Inserto en la revista ilustrada *Bética,* núms. 59 y 60.—Sevilla, junio de 1916. (Con fotografías).

Góngora, José Rafael.—Sermón histórico, predicado en la fiesta de la restauración del Santuario de Valme, el 9 de octubre de 1859, reedificado a expensas de los Duques de Montpensier.—Sevilla, 1859.

Góngora, Manuel de.—Las carretas del Rocío. Romance inserto en el diario *A B C* de Andalucía. Año 1932.—Con fotograbado del cuadro de Moreno Carbonero.

Guichot Parody, Joaquín.—La Virgen de Valme.—Estudio histórico, inserto en el diario *El Porvenir.*—Sevilla, 9 octubre 1859.—Reproducido en el tomo tercero de la *Colección completa de las obras literarias y gráficas de Joaquín Guichot y Parody,* compilada y anotada por Alejandro Guichot.—Sevilla, Artes Gráficas, 1913, págs. 157 a 161.

Guichot y Sierra, Alejandro. Arte popular sevillano.—De Romerías.—Libro manuscrito e inédito, ilustrado con fotografías. A este trabajo pertenecen las fotografías que ilustran el presente *Boletín,* por lo que expresamos nuestra gratitud al Sr. Guichot.

Izquierdo, José María.—La Romería del Rocío.—Capítulo del libro *Divagando por la ciudad de la Gracia.*—Sevilla. Imprenta J. L. Arévalo. Año 1914. Págs. 73-77.

Izquierdo, José María.—Historias de Santuarios andaluces.—Página 28 del folleto *Relieves... sin relieve.* - Sevilla. Tip. Zarzuela, 1919.

Lisardo, el Estudiante.—La Blanca Paloma.—Artículo publicado en el diario *El Correo de Andalucía*, núm. 7256.—Sevilla, 14 agosto 1919.

Luna, Antonio.—¡La Virgen del Rocío entra en Triana!—Inserto en el diario *La Unión.*—Sevilla, 17 de mayo de 1932.

Morgado y González, José Alonso.—La imagen de la Virgen del Rocío venerada en su santuario del término de Almonte.—Revista *Sevilla Mariana*, 15 julio de 1882, núm. 26.

» El Santísimo Cristo de Torrijos, antigua y milagrosa imagen de Jesús atado a la columna, venerada en el santuario situado en el Aljarafe sevillano.—*La Revista Católica*, número 831, págs. 691-94.—Sevilla, 29 de octubre de 1893; y núm. 832, págs. 711-14.—Sevilla, 5 noviembre de 1893.

» Nuestra Señora de Valme.—Reseña histórico-descriptiva de esta imagen venerada antes en su primitivo santuario y hoy en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de dos Hermanas. Publícase a expensas de don José Lamarque de Novoa.—Sevilla, imp. de E. Rasco, 1897. Libro con fotograbados del santuario, de la imagen restaurada, del cuadro original del pintor Luis Oñate existente en la capilla del cortijo de Cuartos y de varias estampas de la Virgen. Figuran como apéndice: Homenaje poético y cancionero de Nuestra Señora de Valme.

Morgado, Pedro A.—La Romería del Rocío.—Impresiones de un romero.—Imp. Izquierdo. Sevilla, 1918.—Folleto de 95 páginas, con este sumario: Dedicatoria.—Virgen de las marismas.—Camino del Rocío: la ruta del fervor y de la alegría.—El jardín de la Virgen.—Impresiones de un romero: otorga lo imposible.—La cabalgata del sol y de la gracia.—La sublime algazara.—Trianerías.—La nube de colores.—El contraste.

Muñoz y Pabón, Juan Francisco.—Coplas para la Romería del Rocío del año 1919.—Hoja suelta con 28 coplas y fotograbado de la imagen.—Sevilla. Imp. S. Izquierdo. 1919.

Muñoz y Pabón, Juan Francisco.—La Blanca Paloma.—Sevilla. Imp. S. Izquierdo. 29 junio de 1919. Folleto de 104 páginas, con el sumario siguiente: Dedicatoria.—Éxito literario «histórico», que puede servir de introducción.—La salida.—La entrada.—El medio ambiente.—El culto por el dolor.—El rosario.—La procesión.—El momento de este año.

Muñoz Romero, Tomás.—Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España.—Madrid. Año 1858.

Muñoz San Román, José.—Los domingos de Torrijos.—Artículo ilustrado con dos dibujos de A. Martínez de León, inserto en el libro *Quien no vió a Sevilla...*, págs. 249-53.—Sevilla. Tip. Gironés. Año 1920.

» Las romerías sevillanas.—I. El Rocio.—II. La de Valme.—III. Consolación de Utrera.—IV. Los domingos de Torrijos.—Artículos insertos en la obra *El Encanto de Sevilla.*—Madrid. Editorial Galatea. Año 1921, págs. 159-193.

» Las romerías: La de Cuatrohabitan.—La de Torrijos.—La de Setefilla.—La Promesa.—Un alto en la Romería.—Trabajos insertos en la obra *Es una novia Sevilla.*—Tipografía R. M. Madolell. Año 1923. Págs. 157-176.

» La Romería de la Virgen de los Angeles, de Alájar.—Artículo premiado por la Academia Mariana de Lérida en el Certamen del año 1929.

» Las Romerías.—Espectáculos populares, fervorosos y festivos.—Madrid, 1929. Folleto de 16 hojas, publicado por el Patronato Nacional del Turismo, con dibujos de Martínez de León.—Sumario: La Romería de la Virgen de los Reyes.—La del Rocio.—La de los Angeles.—La de Consolación de Utrera.—La de Torrijos.—La de Valme y la de Cuatrohabitan.

Muñoz Torrado, Antonio.—El Santuario de Ntra. Sra. de Guaditoca, Patrona de Guadalcanal.—Notas históricas.—Sevilla. Imprenta S. de Izquierdo. 1918.—Libro en 8.° con 275 págs. y ocho fotograbados.

Nogales, José.—El Rocío.—Cartas literarias premiadas por el Ateneo y Sociedad de excursiones de Sevilla en el certamen de 1900. Sevilla. Imp. F. de P. Díaz. 1900.—Tema 2.º: Tres cartas literarias cuyo asunto sea la descripción de una fiesta andaluza.

Pérez Lugín, Alejandro.—La Virgen del Rocío ya entró en Triana. —Novela póstuma concluída por José Andrés Vázquez, en 1929. Barcelona. E. J. 1932.

Rey Caballero, José María del.—Aspectos y coplas del Rocío.—Artículo inserto en el diario *El Correo de Andalucía.* Sevilla, 6 de junio de 1933 (con fotografías).

Ríos y de Guzmán, Fernando de los.—La Romería del Ensueño. (El Rocío).—Composición publicada en la obra *De Sevilla.* Imp. F. Díaz. Sevilla. 1921-22, pág. 35 a 43.

Rodríguez García, Rafael.—A la Veneranda Virgen María Santísima de Valme en el día de su romería.--Poema.—Hoja suelta.—Sevilla, imp. de la Gavidia, octubre de 1930.

Ríos Sarmiento, Juan.—Notas del Rocío.—Artículo inserto en el semanario *El Aguacero,* de Moguer. 1918.

Rodríguez Mateo, Juan.—Romances de El Rocío.—Sevilla, Tipografía Moderna, 1928.—Sumario: Pórtico.—Camino adelante.—El Rocío.—El retorno.

Sebastián y Bandarán, José.- Historia de la devoción a Nuestra Señora del Rocío.—Artículo inserto en el *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla.* Núm. 915, de 14 de julio de 1919. El mismo *Boletín* publica listas de donativos recibidos por las Juntas de la Coronación Canónica, y sucinto informe del acto de la Coronación de la Virgen, celebrado el 8 de junio de 1919 por el Cardenal Almaraz.

» Coplas en honor de la Reina de los Ángeles de la Peña de Alájar (Huelva).—Premiadas en público concurso, año 1925. Tip. del Salvador, Sevilla.—(Pliego en 8.º con 24 coplas).

» Coplas a la Virgen del Rocío.—Imp. del Salvador, Sevilla, 1928, pliego en 4.º

Siurot, Manuel.—La Romería del Rocío. ¡Viva la Blanca Paloma! Artículo publicado en el *A B C*, edición andaluza, el sábado 3 de junio de 1933, pág. 32.

Vilches, Salvador.—Los Romeros de Triana.—Sevilla, imp. de la Casa Velázquez, año 1925. —Prólogo de Alejandro Collantes de Terán y dibujos de Manuel de León.

* * *

Los autores de la centuria dieciseis a la fecha, sin excepción alguna, no tuvieron a bien considerar como verdadera peregrinación a la que me permito llamar colombina o hispana, y calificar de romería magna; esto es, ni mayor ni menor como se han venido distinguiendo de antiguo.

Sí, romería magna fué, por la grandiosidad del Santuario: la capilla de Ntra. Sra. de la Antigua de la Santa Iglesia Patriarcal sevillana nombrada de Santa María, cual la nave capitana de la flotilla descubridora de América; y por los innumerables templos filiales, trazados aquí y construídos allá, pero paredaños en espíritu del metropolitano hispalense, porque sus sillares son plegarias de romeros dirigidas a nuestra majestuosa Catedral.

Romería magna, por el trasordinario contingente de peregrinos que reune: naturales de todos los reinos de España y aun de pueblos extranjeros residentes en Sevilla, agrupados en Hermandades profesionales cual la de marineros o de la Esperanza, la de Santa Bárbara o de los artilleros de galeones, la del Rosario o de patrones de barcos, la de San Telmo y Buen Viaje de mareantes y mercaderes, y así la de calafates, la de grumetes y hasta veinte Cofradías que en otra ocasión describiremos; sin omitir ahora la famosa de la Sangre de Jesucristo, que en 1593 «por se aber ydo y ausentado desta ciudad a las yndias muchos de los oficiales y cofrades para poder hazer su prosesion de disciplina el jueves santo tenemos tratado de nos juntar con la de san juan bautista»; y la memorable de Pilotos y Maestres que andan y navegan en la mar, sita en Triana, a la vera del río, que tuvo por patronos a Santa María de Buenos Aires, a San Pedro y a San Andrés.

Romería magna, por su Regla inmortal: *las Leyes de Indias,* que fueron aplicadas con maña y templanza por los Jueces de la

Casa de la Contratación y por el Almirantazgo mayor de Indias, al reglamentar con maravillosa sabiduría las múltiples actividades de tantísimo romero, y desde luego con un criterio incomparablemente más extenso, comprensivo, sistemático y humanitario que el de leyes análogas de ningún otro pueblo.

Peregrinación magna fué, a no dudarlo, por las fuentes de conocimiento así impresas como manuscritas e inéditas que nos ha dejado, y conservan los riquísimos Archivos de Simancas, el general de Indias y el de Protocolos notariales de Sevilla, sin olvidar las bibliotecas de Ultramar y la singularísima Capitular Colombina hispalense.

Romería magna por lo lejano y amplísimo del recinto sagrado y centro de culto a visitar: Tierras de América. Y por los riesgos del camino a cruzar: el Océano Atlántico, verdadero *Mare nostrum* de España; y por los medios de transporte utilizados: flotas y armadas; y cien veces magna, en fin, por la obra gigantesca que realizaron: la de descubrir en exploraciones increíbles y civilizar a todo un Nuevo Mundo.

CELESTINO LÓPEZ MARTÍNEZ

Sevilla, 2-VI-1933



VALOR RELIGIOSO
DE LA ROMERÍA DEL ROCÍO

No se mueve la hoja del árbol sin permisión divina; y habiendo, el que tiene la honra de leeros estas sencillas líneas, roto muchas lanzas en pro de la simpar romería del Rocío, mira como deparada por la Providencia esta ocasión, ciertamente no buscada, para decir una vez más, y en presencia de tan docta Corporación, todo lo que piensa y siente de la «peregrina expedición de los romeros de la Fe y del Amor» hacia el santuario de la mil veces bendita Blanca Paloma de las marismas, excelso propiciatorio colocado con alto designio en amplísima, dilatada llanura, para congregar cabe sí, en la riente mañana de Pentecostés, en derredor del tabernáculo de María «la Esposa del Paráclito», muchedumbres inmensas que la aclaman «bendita entre todas las mujeres», lo mismo que en torno al cenáculo Jerosolimitano se encontraban al descender el Espíritu Santo: «varones religiosos de todas las regiones que hay debajo del cielo», según se lee en el libro de los «Hechos de los Apóstoles».

No existe, ciertamente, entre todas las manifestaciones populares del sentimiento religioso, ninguna más duramente combatida que la peregrinación al Rocío; y no son, en verdad, los que militan en el campo contrario al de la Santa Iglesia los que, escandalizados, cierran sus oídos para no querer escuchar las alabanzas y panegíricos de los fervorosos rocieros: son almas pusilánimes, espíritus excesivamente timoratos, que en primer lugar *no han ido al Rocío,* y si por ventura pusieron sus plantas en aquella marisma en donde ejerce Patronato sublime la Virgen Santísima, *no supieron,* o,

llevados por la pasión, *no quisieron ver,* toda la altísima significación espiritual, el sumo valor religioso de aquella sin igual peregrinación, que no sólo edifica a los hombres, sino que pone santa envidia en los moradores del empíreo, que contemplan extáticos tanta Fe, tanto Amor, entre los hombres.

A desvanecer las objeciones que fabrican contra la romería Rociera estos espíritus apocados se enderezan estas líneas, no inspiradas solamente por el amor al más entusiasta entre todos los rocieros, predicador, *en cuanto es posible,* repetidas veces en aquella sublime festividad, y autor de la reverente súplica que movió al Capítulo Vaticano a conceder, en el año de gracia de 1919, la coronación canónica de tan excelsa Señora; no, no es solamente el fervor rociero el que traza estas líneas, sino, junto con él, un santo celo para que la verdad y la justicia, compañeras inseparables, no salgan malparadas de los injustificados y no veraces asedios de los enemigos del Rocío.

Ninguno osará negar que *la penitencia, la oración* y *el amor fervoroso y encendido* son partes muy principales y muestras certísimas del espíritu de verdadera piedad y devoción; pues esto, y de manera excelentísima, es en su totalidad la maravillosa romería del Rocío: *penitencia, oración, amor inflamado y rayano en el delirio* a la Blanca Paloma, a la Reina bendita de las marismas; y en donde alienta el espíritu cristiano de la mortificación, y cuando de todos los labios sube hasta el trono misericordioso de María honda y ferviente plegaria, y de todos los pechos se desprende un volcán de purísimos amores a la Madre de Dios y de los hombres, allí hay piedad, allí fervor religioso, en aquello se complace Nuestro Señor, que por el tierno y reverente amor que a su Madre profesa, gózase sobremanera al verla confesada y proclamada por sus hijos, redundando en el mismo Señor toda esta sublime alabanza tributada a su Madre benditísima.

El Rocío es *penitencia:* hombres, mujeres, tiernos niños, dejando sus hogares, emprenden larga peregrinación, para muchos, de siete días completos, en incómodos carros, por sobre un mar de arenas calcinadas, sufriendo durante el día el asfixiante vaho de un calor de desierto, los rayos insufribles de un sol «padre y tirano», faltando a veces agua con que refrigerar tales ardores, y

por las noches, frías y húmedas por la proximidad del Atlántico, tomando breve descanso sobre la madre tierra.

Muchos, muchísimos, cumpliendo votos, hacen a pie y descalzos tan penosa jornada; penitencia, y muy dura, es el Rocío, contra el cual sólo hablan los que, mirándolo por defuera, no han sabido penetrar en el alma de esta peregrinación *sui generis,* distinta y diferente de todas las demás, como lo es la alegre y fervorosa piedad de Andalucía, que le ha impreso su sello característico y peculiar.

Penetre en la ermita de la Blanca Paloma el que quiera aquilatar el espíritu penitente de los Rocieros; allí verá y no podrá creer lo que sus ojos contemplan: hombres y mujeres, extáticos, permanecen en cruz ante la Señora benditísima; otros mantienen en sus dos brazos extendidos, brilladores cirios, y así estarán mientras la cera se consuma; otros, de espaldas sobre el pavimento y con los brazos cruzados sobre el pecho, reptan una y muchas veces, desde el atrio al altar de la Señora, dejando huellas sangrientas y pedazos de piel y cuero cabelludo; aquel otro, con férreos grilletes camina sin poder, arrastrando cadena muy pesada; ¡quién podrá describir los rigores penitentes a que se someten voluntariamente la mayor parte de los que acuden al Rocío! Tan acostumbrada es esta mortificación y penitencia, que ha quedado grabada en esta preciosa copla rociana:

Ayunando y escarza,
Cayá y andando,
La ermita del Rocío
Vy divisando.
¡Madre del arma:
Qué chaparrón de sarves
Er que t'aguarda!

Penitencia es el Rocío; pero es también *oración;* tanto, que no vacilamos en afirmar que todo, todo lo que se dice y se hace en el Rocío, es una amplia, cadenciosa y magnífica plegaria, que suena a dulcísima melodía en los oídos y en el corazón de la Reina de las marismas, que sonriente, animada, recibe desde su altar este incesante homenaje de súplicas, mediadora entre su Hijo y los hombres pecadores:

La ermita no es ermita,
Que es un sagrario,
Donde Dios mismo puso
Su relicario.
No es maravilla,
Si caballos y bueyes
Se le arrodillan.

Todo, todo es oración en el Rocío; las súplicas pausadas, las fugaces jaculatorias y bendiciones y alabanzas que exhalan todos los labios, que brotan de todos los corazones de los que llenando el santuario, no aciertan a separarse de tan misericordiosa Madre; oraciones, son el repiqueteo de millares de palillos, y el rumor confuso y estridente de tamboriles y gaitas; oraciones, las coplas sentidísimas con que las mozas acompañan sus honestos bailes:

Las leguas del Rocío
Son escalones;
Por donde van al cielo
Los corazones.
¡Vuela al Rocío
Sin que nada te arredre,
Corazón mío!

—

Virgen de las marismas,
Madre y Señora
De tantísimos pobres
Como te lloran.
¡Vida y dulzura,
De todo el que te cuenta
Sus amarguras!

—

Cuando por la marisma
La Virgen sale,
Hasta el sol se detiene
Para rezarle.
¿Quién no le reza

A esa Blanca Paloma
De la Pureza?

—

Pajaritos del aire,
Flores del campo,
Estreyitas del cielo,
Angeles, Santos:
Cantarle ustedes;
Que mi voz con el yanto,
Cantar no puede.

Oración admirable y conmovedora, es el magno rosario del Rocío; aquella procesión apocalíptica que comenzando a las diez de la noche del domingo de Pentecostés, suele durar hasta la madrugada del lunes, y que es para nuestra devoción y sentimiento, lo más soberanamente tierno y hermoso, entre tantas bellezas del Rocío: cirios, faroles, banderas y simpecados, filas apretadísimas de devotos y hermanos, sacerdotes que rezan el rosario, coros que al mismo tiempo cantan las alabanzas de María, tamboriles que suenan, cohetes que hienden el espacio, fuegos de artificio que al estallar aturden al romero, suspiros, lágrimas, vivas y exclamaciones; todo, todo esto es la más sentida y ferviente súplica, la oración más rendida y humilde, la más espontánea plegaria que realiza a través de los siglos, el cumplimiento de la profecía sublime del Magnificat: ¡Me proclamarán bendita todas las generaciones!

Y porque entre todas las oraciones, la mejor y más excelente es aquella en la que místicamente inmolado se ofrece por nosotros Jesucristo al Padre Celestial, en el Rocío, que se vive vida de oración, se ofrecen sin cesar misas por todas las Hermandades en el altar de la Señora, desde el despuntar de la aurora hasta el medio día, corriendo a raudales sobre el ara la sangre generosa de Aquel «que quiso darse a nosotros, naciendo de una Virgen sin mancilla.»

Sobre todo, el Rocío es *amor*. ¡Que no vayan al Rocío los que no entiendan del dulcísimo amor a la Señora! Diré mejor: ¡que vayan al Rocío, y si tienen corazón y sentimientos y se dejan influir del medio ambiente, volverán inflamados, quedarán allí para siempre cautivos sus espíritus, ante las aras de la Virgen bendita!

Salud de los enfermos,
Rosa temprana,
Estrella reluciente
De la mañana.
¡Pomo de aromas;
Lirio de las marismas,
Blanca Paloma!

Por amor a la Virgen, con indecibles trabajos, con admirables sacrificios, han venido sus Hermandades y sus devotos a rendirle vasallaje y pleitesía; por amor, en el Rocío se reza y se llora, se baila y se alienta; por amor a María, arden ante su altar innumerables cirios y perfumadas flores cubren sus gradas; testimonio de amor reconocido son los exvotos, ingenuos, admirables, que muestran el poder de intercesión de la Señora; todo es amor en el Rocío:

¡Oh Virgen del Rocío!
Tu planta pones
Sobre un trono amoroso
De corazones.

La procesión de la mañana del lunes de Pentecostés, es la expresión más viva de este amor inflamado, delirante, de los hijos de la Virgen del Rocío; como Reina, entre leales vasallos; como Dominadora, entre súbditos amantes; como Madre, en fin, la más tierna y amorosa, entre sus hijos queridísimos; entre sollozos y aclamaciones, jaculatorias y salves, pasea la Señora por el real del Rocío, «mil gracias derramando»:

¡Oh Virgen del Rocío!
¡Tu planta pones
Sobre un trono amoroso
De corazones!

Penitencia, oración, amor entusiasta y fervoroso a la Virgen bendita, es el Rocío, zaherido y maltratado por los que no lo conocen o no saben penetrar sus dulzuras y encantos; alto, muy alto valor religioso tiene esta romería: cada año son más nume-

rosas las Comuniones sacramentales, más sentidas y dolorosas las confesiones, más sólida y arraigada la piedad, puesto que allí es María la que lleva a los hombres al conocimiento y amor de Jesucristo.

No decaiga, antes por el contrario, crezca y se nutra esta hermosísima devoción, que en estos tiempos de frialdad e indiferencia, es para los que vivimos de la fe, consoladora y dulcísima esperanza; y para terminar, desahogaremos nuestro corazón, con esta copla:

A esa Blanca Paloma
Le tengo un nido:
Mi corazón, de amores
Todo encendido
¡En él descansa,
Como en ti, Madre mía,
Mis esperanzas!

José Sebastián y Bandarán, Pbro.

Sevilla, 2-VI-1933



CANTOS POPULARES
A LA VIRGEN DEL ROCÍO

Pocas Romerías, por no decir ninguna, quedan en España que puedan compararse con la del Rocío, y si no las hay en nuestra Península, huelga decir que no las hay en parte alguna. La Romería del Rocío es, en su clase, lo que las Cofradías sevillanas, *únicas en el mundo*. Una y otras revelan la psicología del pueblo andaluz, su carácter alegre, generoso, apasionado, creyente a machamartillo. Quien haya visto el Rocío, quien haya presenciado, una vez siquiera, la entrada de las carretas y la salida de la Blanca Paloma por la explanada del santuario; quien haya visto el hervidero de criaturas humanas aclamando con frenesí a la Patrona de Almonte por el Real durante el Rosario, no se olvidará jamás de aquellas manifestaciones de amor y de entusiasmo, imposible de describir, ni de pintar, aunque posea las dotes maravillosas de nuestro inmortal Velázquez.

¡Qué horas de vida se pasan en el Rocío! ¡Qué visión aquella! Allí hay algo, y mucho, de la Edad de Oro descrita por Cervantes en el *Quijote*. La fraternidad y armonía es tal, que pudiéramos decir *que todo es de todos, y nada es de nadie*. Allí, todo el mundo come, bebe y se divierte de lo lindo. ¿Quién dijo pena? Han ido del Condado, de Huelva, de Sevilla, de Sanlúcar, de Jerez, de muchas partes, unos en carretas, otros a la jineta, andando, descalzos, de mil modos, para juntarse en amor y compaña en el Rocío y adorar la Blanca Paloma, y fraternizar, como buenos hermanos, cual si toda la vida se hubieran visto. Unos y otros vienen cantando, porque el pueblo andaluz es como la chicharra, que se pasa

la vida cantando. Cantos del alma, reveladores de sus ardientes pasiones y arraigada fe religiosa. Aquel que recogiera todos los cantos populares, letrillas y romances de la Virgen del Rocío, merecería un pedestal de gloria, pues, sin duda, en dichos cánticos está una buena parte de la Historia patria, y sería un dolor que se perdiera, por incuria nuestra. Se conservaría la psicología, el carácter peculiar del andaluz con sus modismos, giros, comparaciones, hipérboles en que han sido, son y serán los andaluces, por naturaleza, tan ricos y pródigos, como ahorradores de palabras.

Por desgracia, no se da a este linaje de estudios la grandísima importancia que tiene, y temo que por la incuria de los hombres perezca ese rico tesoro que debiéramos reunir y guardar cual oro en paño. ¡Que no; que no se pierda ese filón que vale cien Potosíes.! Si nuestra Academia acometiera la empresa de recogerlos e imprimirlos, merecería bien de la Historia y de las Letras, y añadiría un nuevo timbre de gloria a los muchos que ya tiene conquistados. Arrojada queda la semilla. Quiera Dios que dé ópimos frutos.

Mas he de notar en lo tocante a cantos populares andaluces, que sean cuales sean, todos son honestos, aunque alegres y chispeantes. La musa popular andaluza es apasionada, exaltada, pero casta. Jamás habla de besos, ni de niñerías menos honestas. El pueblo sano andaluz, sabe distinguir perfectamente entre lo que es cariño, amor apasionado como el de una madre, y lo que es lujuria, que son dos cosas bien distintas. Las coplas con ribetes sicalípticos, no son de la musa popular, ni lo han sido nunca. Son monedas falsas con baño popular, pero falsas al fin. La copla popular, generalmente no es acicalada; diríamos que no está peinada, tiene suelto el cabello, aire garboso y movimiento natural, rítmico, y campean en muchas de ellas las más bellas imágenes e hipérboles. Veamos algunas de muestra:

La Virgen del Rocío
Loca se vuelve,
Cuando ve que la gente
Toda la quieren.
Y es cosa fuerte,
Que la quieren y adoran
Eternamente.

¡Mire usted que decir que la Virgen se vuelve loca de contenta porque la quieran los pobres mortales! Pues así entiende el pueblo el amor. Por eso dice del enamorado, que «está loco perdido, loco de amor.» Acaso, ¿el amor tiene juicio?

Pues, el siguiente fandanguillo, no deja de tener gracia:

Me ha dicho un tamborilero,
Que hasta el Vicario de Roma
Se va jacé rociero,
Por ver la Blanca Paloma,
Orgullo del mundo entero.

¡Hasta el Papa se va a hacer rociero! Pedir más, es gollería.

Este otro que copio a continuación, tiene de todo, pues mezcla con la mayor naturalidad el rezo de una Salve con el canto de un fandanguillo. La cuestión es cantar a la Blanca Paloma.

Para de rodillas hincarme,
Hasta tu altar he llegao,
¡Mare mià del Rosío! (1)
Para de rodillas hincarme,
Para admirar tus milagros,
Para rezarte una Salve,
Para cantarte un fandango.

Véase esta, a ver si hay quien le gane en punto a hipérbole.

Cuando por las marismas
La Virgen sale,
Hasta el sol se detiene,
Para rezarle.
¿Quién no le reza
A esa Blanca Paloma,
Flor de pureza?

---

(1) En la provincia de Sevilla dicen *Rosío;* en la de Huelva, *Rocío.* En la primera, son más ahorradores de palabras que en la segunda. Se notan ciertas contracciones y singulares por plurales, por convenir al verso.

Y si el sol se detiene para rezarle, ¿quién no le rezará a la Blanca Paloma? *Hasta el sol se detiene para rezarle,* que ya es detener. ¡Qué feliz pensamiento el de ese cantor anónimo!

«Ningún pueblo—ha dicho D. Luis Montoto—produce tan peregrinas coplas como el andaluz, del cual he dicho, a otro propósito, que tiene un cantar para cada uno de los instantes de la vida». Pruébanlo las anteriores coplas y las siguientes.

De Triana vengo yo
A pan y agua por verte,
Que vengo a darte las gracias
Por librarme de la muerte.

Esta copla edificante, que brota de un corazón agradecido, es un mentís rotundo para esta otra, que no ha sido, ni es, ni será en la vida, popular, ni verídica tampoco.

Vino, guitarra y amores,
Un fandango mu sentío
Y una serrana a la grupa,
Es la fiesta del Rocío.

Esto es una moneda falsa, con un mal baño popular.

El pueblo canta como siente, como ve las cosas. El cantor de la siguiente seguidilla no subió, que digamos, a un punto muy alto. No obstante, es ingenua a más no poder, y va marcada con el sello popular.

La Virgen del Rocío
Tiene la cara
Más bonita y más limpia
Que el agua clara.
¡Ay qué tesoro!
El alfiler que lleva
De plata y oro.

Esta otra es tierna, reveladora de la fe que atesoraba el afortunado mortal que la compuso. Seguramente, en más de una ocasión debió experimentar el favor de la Virgen, pues le canta:

Virgen de las Marismas,
Madre y Señora
De tantísimos pobres
Como te imploran.
Vida y dulzura
De todo el que te cuenta
Sus amarguras.

También las hay que atestiguan un hecho histórico, que no debe pasar al olvido, pues por insignificante que parezca, puede tener gran importancia algún día.

Cuando trajeron los almonteños la veneranda imagen el año 1932, por haber quitado el Ayuntamiento la que tenía puesta de azulejos en las Casas Consistoriales, y que tanta polvareda levantó, llovía a jarrillos. Esto no fué parte para que la llevaran de la ermita al pueblo, y a fin de que no se mojara, no teniendo otra cosa a la mano, la taparon con unas capas como dice la copla siguiente:

La Virgen del Rocío
Cuando venía,
Le taparon con capas
Porque llovía.
De ese lucero,
Imploran sus favores
Los almonteños.

Como testimonio de gratitud van algunos romeros descalzos, con los pies chorreando sangre, como yo los he visto, que era un espectáculo muy edificante. Y nadie crea que por ir caminando de aquel modo, iban tristes ni pesarosos. Al contrario; cumplida ya la promesa, cantaban satisfechos esta y otras coplillas con aire alegre:

Ayunando y descalza,
Muda y andando,
La ermita del Rocío
Voy divisando.
¡Mira que es pena,
Que tenga hijos tan malos
Madre tan buena!

Hay que ponderar bien el sacrificio que haría la buena penitenta, para ir callada dos o tres días que dura la peregrinación, pues según dice el refrán, *la mujer, si se le manda callar, hablará hasta por los codos.* Y un canto popular, que no es rociero, pero que viene aquí como anillo al dedo, dice:

Madre, venga usted corriendo,
Que he visto una cosa rara;
Tres mujeres en un corro,
Y las tres están calladas.

En el Rocío se da el caso curioso, de que a pesar de lo bien que se come, y lo muchísimo que se bebe, porque el rumbo allí es cosa corriente, y *velis nolis* se empina el codo más de la cuenta, no hay que lamentar ninguna desgracia. En algunas ocasiones, el vinillo se sube a la cabeza, se disputa apasionadamente, se encienden los ánimos, y cuando parece que la tempestad va a estallar, un cualquiera de los presentes llama la atención a los enfurecidos bandos diciéndoles: ¡Eh; quieto todo el mundo! ¡Aquí no se pelea.! ¡Todos somos hijos de la Virgen del Rocío! ¡Viva la Blanca Paloma! ¡¡Viva!! responden a voz en cuello. Luego se abrazan, se toman una copita, y tan amigos como antes. A esto alude la siguiente seguidilla:

La Virgen del Rocío,
La Milagrosa,
No consiente que pase
Ninguna cosa.

Esta que sigue no debe de contar muchos lustros, porque eso de las bombas hace poco que está de moda. Con todo, la pongo en confirmación de lo dicho:

En el Real del Rocío
No tiran bombas,
Porque pone su mano
Nuestra Patrona.

De amoríos no faltan, ni podían faltar entre aquel holgorio de gente moza casi toda ella, caldeada por el mosto del terruño que

«es en las copas oro fundido, y es en las venas fuertes latidos»; si bien, vuelvo a repetir, que son chispeantes y apasionadas, pero honestas. Renuncio a copiar ninguna. Allá van todas juntas y cada cual podrá saborearlas a su gusto. Las he colocado por orden alfabético para mayor comodidad del lector. La mayor parte las he copiado de viva voz en Almonte los días que el año pasado y el presente pasé allí mientras predicaba la Novena de la Virgen del Rocío. Otras las he recogido en Triana, y en alguno que otro pueblo. Algunas de las que apunto las he visto en artículos o folletos publicados sobre la fiesta del Rocío. Casi ninguna está como la canta el pueblo, y si bien conserva la levadura de su origen, las han variado, acicalado y compuesto, quitándole su verdadero sabor, su propia salsa. Error que pugna con los cánones populares, digámoslo así. No es que yo rehuse las composiciones cultas; eso no. Al contrario, las admiro y las aplaudo; pero aquí se trata de recoger el sentir del pueblo, su *folklore* con todas sus asperezas, y no de otra cosa, y eso es lo que he procurado hacer.

SEGUIDILLAS

Al Rocío, al Rocío
Vamos llegando,
Cogiendo clavellinas
Y haciendo ramos.
Al Rocío, al Rocío
Van las carretas,
Y la del Mayordomo
Va más compuesta.

—

Del Rocío venimos
En la carreta,
Tocando los palillos
Y pandereta.
El carretero
Se ha portao este año
Como los buenos.



¡Oh Virgen del Rocío,
Rosiadora,
Rocía tú mi alma
Que es pecadora!
Y con tu Niño
Ilumina las sombras
De mi camino.

—

En el Rosío hermoso
Brilla Triana,
Como brilla el lucero
De la mañana.
Triana brilla
Como brilla el lucero
De maravilla.

—

La carreta y los bueyes
Son de mi padre;
El carretero es mío
¡Dios me lo guarde!
¡Viva, salero!
Yo le diré a la Virgen
Cuánto te quiero.

—

La carreta y los bueyes
Van al Rocío,
Siéntate a la culata,
Moreno mío.
Siéntate enfrente,
Que aunque no eres mi novio,
Me gusta verte.

—

Las carretas compuestas
Van al Rocío,
Y dentro de aquel carro
Va el amor mío.

—

La Virgen del Rocío,
La milagrosa,
No consiente que pase
Ninguna cosa.
Milagro hermoso,
Que el día de su santo
Rebosa el pozo.

—

La Virgen del Rocío
Se apareció,
Según dice la historia,
A un cazador.
Eso sería
Que los perros cazando
La encontrarían.

—

La Virgen del Rocío
Se queda sola,
En mitá e la marisma
Siendo Pastora.
¡Ay. quién pudiera
Poder quedar contigo
Siempre a tu vera!

—

La Virgen del Rocío
Tiene un sombrero,
Que se lo han regalado
Los almonteños
De dos mil reales;
Y esá Blanca Paloma
Puesto lo trae.

—

La Virgen del Rocío
No es obra humana,
Que bajó de los cielos
Una mañana.
Eso sería

Para ser Reina y Madre
De Andalucía.

—

La Virgen del Rocío
No sé qué tiene,
Que cautiva las almas
Que a verla vienen.
Es maravilla
Que caballos y bueyes
Se le arrodillan.

—

La Virgen me lo trajo,
Regalo de Ella,
Paloma del Rocío,
¡Bendita seas!
¡Virgen del alma,
Qué chaparrón de salves
el que te aguarda!

—

La carreta del Cano
Va pa el Rocío,
ha pasao el arroyo,
No se ha caío.
¡Viva mi carro,
Que ha pasao el arroyo,
No se ha volcao!

—

La Virgen del Rocío
Tiene en el hombro
Una salamanquesa
De plata y oro.
Y en las espaldas
Un letrero bordado
con oro y plata (1).

(1) La salamanquesa fué considerada por algunos en la antigüedad, como símbolo del fuego, y metafóricamente, del amor. Refiere la tradición, que en la primera túnica que pusieron a la veneranda imagen, bordaron una salamanquesa. La primitiva Regla de la Hermandad (que no hemos tenido tiempo de ver) asegura

Hemos ido al Rocío
sin encontrarnos;
Tú por los tarajales,
Yo por el llano.
Es triste sino
Tener tan apartados
Nuestros caminos.

—

Que llueva, que ventee,
Que jaga frío,
Las carretas compuestas
Van al Rosío.
Nadie se pique,
Que se lleva la palma
Villamanrique (1).

—

Pocito del Rocío
Siempre manando,
Lo mismo que la Virgen
Siempre escuchando.
¡Rocío hermoso!
Cuando la Virgen sale
Rebosa el pozo.

—

Salud de los enfermos,
Rosa temprana,
estrella reluciente
De la mañana.
Pomo de aromas,
Lirio de las marismas,
Blanca Paloma.

---

que cuando la Virgen fué encontrada, tenía escrito en la espalda el letrero siguiente: "Nuestra Señora de los Remedios". A una y otra cosa alude la seguidilla copiada, que es una de las más antiguas.

(1) Cada Hermandad se quiere llevar la palma, y así reza este otro estribillo, un poquitín incorrecto: "Calla, embustero, – la gala se la llevan – los moguereños", Y este, muy del pueblo: "Eso es mentira, – la gala se la llevan – las palmeriñas".

Tamboriles y gaitas,
Blancas carretas,
Grupos de peregrinos
A la jineta.
Echaos a un lado,
Que viene la carreta
Del Simpecado.

—

Tienen las trianeras
Una bandera
Verde como los campos
En primavera,
En alabanza
De la Blanca Paloma
Nuestra esperanza.

MALAGUEÑAS Y FANDANGUILLOS

A la Virgen del Rocío
La ofendieron en secreto,
Y para desagraviarla,
Todo el mundo está dispuesto.

—

Blanca Paloma, es tu nío
De jazmines y azucenas.
Dame consuelo y olvío
Para alivio de mis penas,
Virgencita del Rosío.

—

Cada día es más hermosa
Nuestra Virgen del Rocío;
Cuando la aclama el gentio
Brilla en su cara una cosa,
Que por la espalda da frío.

—

Cuando me nombran tu nombre,
Mare mía del Rosío,
El cuerpo se me estremece,
Y se me quita el sentío.

—

En el real del Rosío
Ha nacido una amapola,
Con un letrero que dice:
¡Viva la Blanca Paloma!

—

Eres Virgen del Rocío
Azucena de los montes,
Blanca Paloma de Almonte;
Y yo por honra he tenido,
Que me pusieran tu nombre.

—

Entre dos álamos verdes
Hay un lucero escondío,
Si la vista no me engaña,
Es la Virgen del Rocío,
La más bonita de España.

—

En promesa te llevé
A la alegre Romería,
Y a la Virgen confesé
Lo mucho que te quería.

—

Es la Virgen del Rosío
El consuelo y la alegría,
De todos los almonteños,
Y de toda Andalucía.

—

Españoles: aprended
A ser valientes y nobles,
Y Almonte sea el modelo
de todos los españoles.

—

Yo amo a los que te aman,
Paloma mía querida,
Y te pido por aquellos
Que tienen la fe perdida.

—

Yo quisiera ser paloma,
Mare mía del Rocío,
Y en un rincón de tu ermita
Colocar allí mi nido.

—

Madre mía del Rocío,
Qué poderosa es tu gracia;
Mira qué de forasteros,
Vienen a visitar tu Casa.

—

Me gusta más de Pastora,
La Virgen de mis amores.
La que se queda allí sola
En medio de los pastores;
Le llaman Blanca Paloma.

—

Me gusta más de Pastora
La Virgen de mis amores,
Aquella que estuvo sola
Entre unos cuantos pastores.
¡Viva la Blanca Paloma!

—

Mira si tiene valor
El fandango rociero;
Aquí se canta mejor
Que en toito el mundo entero.

—

Ninguna mejor fortuna
Que la de aquel cazador,
Que entre bosques y breñales
A la Virgen se encontró.

No sé qué tiene tu nombre,
Mare mía del Rosío,
Que la tormenta se va,
Y se aplaca el mar bravío.

—

Ponte guapa, Ana María,
Tu mantilla y la peineta;
Báñate en agua floría,
Y súbete a la carreta
Que va pa la Romería.

—

Premiando la lealtad
De los fieles almonteños,
Le diste la libertad
A los pueblos ribereños.

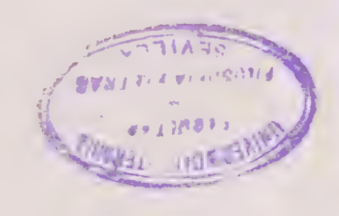
—

Si un año se me pasara
Sin yo verte, Madre mía,
Yo no quiero ni pensarlo;
Creo que me moriría.

—

Vamos a ver a la Virgen;
Ella nos dará valor,
Para arrancar la semilla
Que en España se sembró.

—



Viva Almonte porque tiene
A la Virgen del Rocío,
Y la fe del almonteño,
Más firme que el mar bravío.

—

¡Virgen mía del Rocío,
No sé qué tiene tu nombre
Virgen mía del Rocío!

Que en cuanto que se te mienta,
Se calma hasta el mar bravío,
Y se aplaca la tormenta.

—

!Qué sola te quea,
Virgen del Rosío,
Sin más compañía
Que la de tu niño!

La premura del tiempo y la índole de este trabajillo, no me permiten publicar algunas otras coplas que tengo recogidas con sus correspondientes notas.

FR. DIEGO DE VALENCINA

Sevilla, 2-VI-1933

ROMANCE DEL ROCÍO

I

Caminos y más caminos,
Carreteras y marismas,
Y la gente rociera
Camina que te camina.
En el diáfano ambiente
Mil olores se respiran
De tomillo y de romero,
De retamas y resinas;
Y en la gracia luminosa
Que es hermosura del día,
Llegan reflejos del cielo
Vestidos de maravillas.
En la Carreta de plata
El Simpecado rebrilla,
Oro fino en terciopelo
Del color de la campiña;
Y en las otras, como el ampo
De la nieve, la alegría
Se enciende en romances bellos,
Y en coplas de romería.
Válganos la Virgen Santa,

Pastora de la marisma,
Y guíenos deslumbrados
Hasta el altar de su ermita.

II

Enfrente del Santuario
Se ensancha la romería;
Ir y venir de la gente
Ebria de luz y ufanía.
Ante el altar de la Virgen
Devotamente se humilla,
Pidiendo misericordia
Por sus culpas y sus cuitas.
Y luego baila y rebulle,
Y canta coplas ladinas,
Diciendo la de Triana
Que ella es la más divertida.
Se pica Villamanrique,
Y Rociana se pica,
Y al cabo todas son una
Para la fe que las guía.
El Rosario *es una siembra*
De estrellas en la marisma;
La procesión de la Virgen
Una locura infinita,
Y todo es como una gloria
De amor, en la romería.

III

La campana del Cachorro,
Repica que te repica,

Parece una lengua larga
En cuchufletas redicha,
Se encienden mil luminarias
En la calle de Castilla,
Y en los ojos de las mozas
Hogueras de llamas vivas.
Un rebullicio se extiende
Con sones de algarabía
Por todo el barrio trianero
En la noche peregrina,
Porque vuelve del Rocío
Con la alegre romería
Toda la gracia del mundo
Que en Triana se confina.
Y torna a plegar sus alas
En esta tierra bendita
Aquella Blanca Paloma
Que es reina de la marisma.

J. Muñoz San Román

2 junio de 1933



LA IMAGEN DE LA VIRGEN DEL ROCÍO VENERADA EN ALMONTE

POR

JOSÉ ALONSO MORGADO Y GONZÁLEZ

(N.º 26 de la revista *Sevilla Mariana,* 15-VII-1882)

A tres leguas de aquella antigua Villa, y no muy lejos del Coto Real denominado de Oñana, se halla situado el pintoresco y célebre Santuario de María Santísima del Rocío, tan popular y conocido en Andalucía, por la belleza singular de la sagrada Imagen, por la celebridad de sus romerías, y sobre todo por la tierna y acendrada devoción que los habitantes de las provincias de Sevilla y Huelva profesan desde tiempo inmemorial a tan peregrina y encantadora efigie de la Madre de Dios (1).

Considerada bajo el punto de vista que hoy presenta, es de estatura natural, y se halla vestida con el traje característico del siglo XVII, época en que empezaron a vestirse de telas las imágenes, pues hasta entonces no se habia acostumbrado hacerlo así, y sólo se veían talladas y pintadas con variedad de colores. El Niño Jesús lo muestra delante sosteniéndolo con sus manos, e inclinando su vista hacia El, y toda ella ofrece el aspecto de la mujer misteriosa, que vió San Juan en sus revelaciones, rodeada de los rayos del Sol,

(1) El pueblo no gusta de atribuir a manos pecadoras la obra a la que de antiguo asigna origen divino, y asimismo le enoja el cambio de artista cuando por tradición tiene a determinado maestro como autor de la escultura de sus devociones. El hecho de no existir documentos contemporáneos y fidedignos tocantes al origen y al autor de la imagen de la Virgen del Rocío, nos lleva a reproducir sin contradicciones el aspecto tradicional recogido por José Alonso Morgado en el presente trabajo, respetando algunos juicios de fácil réplica.—N. de R.

coronada con diadema imperial de estrellas, y debajo de sus pies la luna.

La antigua celebridad de esta Imagen, pide ahora con detención examinarla monumental y artísticamente, y al efecto, hemos visitado su Santuario para estudiarla despojada de las vestiduras sobrepuestas con que se halla adornada en nuestros días. Desde luego, lo primero que descubrimos al fijar la vista, es una bellísima escultura, que mide poco más de un metro, y revela el estilo propio de los principios del siglo XV, época en que fué aparecida según refiere la tradición.

El estado de deterioro en que se hallaría, debió hacer que se tratase de su restauración, y ésta imprimió seguramente en ella el sello del último período del gusto llamado gótico. Está embutida en la que se describió antes, tiene completamente borrado su rostro, pende de sus hombros un sencillo manto pintado de azul y el vestido está de verde, sujetándolo a la cintura una correa salpicada de estrellas de color de oro, dejándose ver entre los pliegues de la túnica por su parte baja el calzado grana de forma puntiaguda. En el sitio del pecho al lado izquierdo, está perfectamente señalado el lugar que ocupó el Niño, como también la sentida actitud del brazo con que lo sujetaba la Señora (1). La rigidez y estilo severo con que los artistas de aquella edad modelaban sus estatuas, está en relación con el aspecto que manifiesta, y es todo lo que hoy se puede apreciar de esta obra de arte.

De todo lo expuesto se deduce claramente que la Imagen ha sido modificada en dos ocasiones distintas: la primera cuando fué hallada, y con posterioridad a mediados del siglo XVII, que al tratar de vestirla sufrió una transformación radical, dejando oculta y maltratada interiormente la primitiva que se acaba de describir. ¡Cuántas joyas artísticas se hallarán perdidas y ocultas, por la indiscreción y la ignorancia, semejantes a esta, cuyo estado no podrán menos de deplorar los amantes de los monumentos históricos, dando a la vez lugar a que se dude de la veracidad de las tradiciones piadosas de los pueblos!

He aquí ahora lo que refiere la tradición popular acerca del

---

(1) Algunos ancianos de la villa de Almonte, dicen haber oído a sus antepasados que este Niño primitivo fué llevado a América por un caballero que, entre otras prendas y alhajas, donó a la Imagen el que hoy tiene.

origen, descubrimiento y prodigios de esta preciosa Imagen, según se halla consignado en la Regla de su Hermandad. Es un hecho constante, que las esculturas de la Santísima Virgen halladas o aparecidas en los bosques o montañas de los campos, traen su origen de haberlas ocultado allí los antiguos cristianos, cuando nuestra querida patria se vió invadida por el furor de los sarra-



Salida de la procesión por calle Castilla, de Triana, y pasando por delante de la iglesia de la O

cenos. Celosos aquellos fieles de la honra y gloria de Dios, y del culto y veneración debidos a su Santísima Madre, temían que sus Imágenes fuesen destruídas o profanadas por los secuaces del Korán, enemigos declarados de las prácticas de la religión de Jesucristo. Para evitar, pues, tan horroroso sacrilegio, las escondían en sitios ignorados, lejos de las poblaciones, y conservadas por la Providencia a través de los tiempos, se fueron encontrando muchas después de la reconquista, según plugo a los designios del Señor, para fomentar más y más la devoción a su amada Madre la Virgen María, por medio de prodigios y maravillas.

Esto es lo que precisamente ha sucedido con la venerable Imagen de Nuestra Señora del Rocío, a principios del siglo XV, cuando la Religión había llegado en nuestro suelo al más alto

grado de gloria y esplendor. En aquel tiempo, un vecino de la referida villa de Almonte, salió al campo con ánimo de distraerse en los placeres de la caza, y llegado al sitio de su término conocido con el nombre de La Rocina, bosque inculto y lleno de malezas, en el que había siglos tal vez que no penetraba planta humana, los perros se internan en la espesura, y demuestran con sus ladridos y ademanes la sorpresa que les causa un objeto extraño y desconocido. Semejante actitud impulsa al cazador, llevado de un instinto natural, a penetrar en lo interior del sitio donde estaban, y aproximándose, admira una imagen colocada sobre el tronco de un árbol; llegándose a ella la examina, y reconoce en efecto que es un bellísimo simulacro de la Madre de Dios.

Era de talla, y tenía sobrepuesta una túnica de lino entre blanca y verde, con una inscripción latina a la espalda que decía: Nuestra Señora de los Remedios (1). Atónito con la vista de tan peregrina hermosura, se postra a venerar la Imagen de la Virgen, e inmediatamente trata a costa de gran trabajo sacarla de aquel sitio montuoso, y así lo verifica al punto; mas como fuese su intención, dice la relación impresa que citamos antes, colocarla en la villa de Almonte, distante tres leguas de aquel lugar, siguiendo en sus piadosos deseos, se quedó dormido, a esfuerzo del cansancio y la fatiga, y al despertar se halló sin la sagrada Imagen.

Afligido y penetrado de dolor, volvió al sitio donde la halló primeramente, y la vió allí lo mismo que antes, conociendo que por medio de aquel singular y maravilloso prodigio, manifestaba la Señora su voluntad de que allí fuese donde se le tributase culto y veneración. Entonces marchó a Almonte a referir todo lo acaecido, y propagada la noticia con la mayor rapidez, salieron el clero y el Cabildo de la villa seguidos de numeroso pueblo, y dirigiéndose al

---

(1) En la colección de ***Cantos, coplas y trovas populares de Fernán Caballero,*** he leído una copla en la que aparecen misteriosamente enlazadas las dos advocaciones de esta imagen célebre. Dice así el cantar: "¡Ay! Madre de los Remedios=Madre de los afligidos, -Los trigos se van secando- Manda tu santo Rocío." No es que pretenda yo remontar el origen de esta sencilla y tierna plegaria popular, a la época de transición de nombres. El cambio está sobradamente explicado en el artículo que motiva esta nota: La imagen fué escondida por los antiguos cristianos con la advocación frecuentísima ***de los Remedios;*** al tiempo de su invención, comenzaría a llamársele ***Virgen de las Rocinas;*** y de ahí -por fácil modificación del vocablo- el título ***del Rocío,*** su advocación actual. Sólo, pues, como una curiosa coincidencia, he transcrito la copla.—P. A. M.

lugar de la aparición o hallazgo de la devota efigie de María, la vieron tan peregrina y encantadora, que desde aquel mismo instante empezó a arrebatar los afectos de los corazones, y ser objeto de la más entusiasta y fervorosa devoción.

Desde luego se le erigió allí una pequeña ermita, y se construyó el altar para colocar la sagrada Imagen, de tal modo que el



Vista del templete con el Simpecado marchando por el campo

tronco en que fué hallada, le sirviese de pedestal. A pesar de la advocación de los Remedios con que sin duda fué venerada en la antigüedad, la llamaron generalmente *de las Rocinas*, por el sitio de su invención, cuyo título, andando el tiempo, se ha mudado insensiblemente en el misterioso y poético del Rocío, con que es invocada hoy la Señora, no sin una mística y significativa alusión.

Extendióse, pues, por toda aquella comarca la devoción a María Santísima de las Rocinas, adquiriendo nombre de milagrosa, y a fines del siglo XVI su fama había pasado ya a las Américas, y en prueba de ello, dice la relación anterior, que entre sus devotos se señaló notablemente en aquellas apartadas regiones, Baltasar Tercero, natural de la ciudad de Sevilla, el que hallándose en Lima

por los años de 1587, otorgó su testamento ante el escribano público Esteban Pérez, y dejó entre otros legados, uno de dos mil pesos, para que llevados a Almonte se impusiesen, y se fundase una capellanía en la ermita de Nuestra Señora, a fin de que los moradores de aquellas selvas y contornos no careciesen los días festivos del Santo Sacrificio de la Misa. Además dejó también otra limosna de quinientos pesos para reparar la ermita y hacer habitaciones para el Capellán que debía celebrar en ella todos los días.

Progresivamente iba aumentándose el fervor y la devoción a la Santísima Virgen, y el año de 1635 fué asignado por primer Ermitano el P. Fray Juan de San Gregorio, de la Congregación de San Pablo, cuya vida ejemplar y edificante contribuyó poderosamente a promover y fomentar el culto con notable concurrencia de los fieles. Mas donde se experimentó de un modo visible la protección de la soberana Señora, en cuantos la invocaban ante esta su sagrada Imagen, fué en la horrorosa epidemia que afligió a Sevilla y toda su comarca en los años de 1649 y siguiente.

Desde aquella triste época data su principal y mayor celebridad. Consternados los hijos de Almonte acordaron llevar la Imagen de las Rocinas a la iglesia parroquial de la villa, y ésta se vió libre de aquel terrible azote que asolaba a Andalucía. Con este motivo se hizo fiesta solemnísima, en la que fué elegida su Patrona. Asimismo data desde aquella fecha la institución de su fiesta anual el día segundo de Pascua del Espíritu Santo, como igualmente la tan renombrada romería, que ha llegado hasta nosotros como la más numerosa de cuantas por aquí se conocen, y la que goza de más fama y popularidad.

Al mismo tiempo se refiere también la fundación de la Hermandad, para sostenimiento y solemnidad de los cultos, y a imitación de ésta han ido erigiéndose otras sucesivamente, según el orden siguiente de antigüedad. Después de la primitiva de Almonte, ocupa el primer lugar la de Villamanrique; a ésta sigue la de Pilas, después la de La Palma, a ésta las de Moguer y Sanlúcar de Barrameda, y por último las de Triana, Umbrete y Coria del Río...»

EL ROSARIO DEL ROCÍO

CAPÍTULO DE LA OBRA "LA BLANCA PALOMA"

POR

JUAN FRANCISCO MUÑOZ Y PABÓN

(Sevilla, año de 1919. Imp. S. de Izquierdo, págs. 67 a 87)

I

«El Rocío, que es penitencia, es también oración. Y, si oración y oración a la Virgen, y en España, en la fiesta de El Rocío no puede en modo alguno faltar «un» rosario. Pero un rosario a la española y a la andaluza; un rosario que, aunque parezca andaluzada decirlo, es el primer rosario de Andalucía, y de España, y del universo mundo.

Tíene lugar el domingo por la noche... Pero antes de acometer su descripción, es menester asentar algunos prenotandos.

Todas las Hermandades de El Rocío, que concurren a la romería anualmente, tienen en el real una casa... o una choza, en cuya puerta se coloca la carreta de la Virgen y dentro de cuyos muros se instalan los caporales de la Hermandad, el capellán que lleva cada una y algún huésped insigne.

Como la casa es de la Hermandad, la casa es «del pueblo» de la Hermandad: especie de Embajada, del lado allá de cuya puerta se está en Moguer, o en Triana, en Coria, o en Umbrete, aunque se pise tierra de El Rocío. Lo que dijimos en uno de nuestros artículos anteriores del «Cuerpo diplomático», estuvo muy bien dicho, aunque esté mal que uno lo diga.

Ahora bien: igualmente rocianos, todos los que concurren a El Rocío, cuando llega la hora de un acto de la Hermandad, el

amor a la patria chica agrupa a todos los de cada pueblo en derredor de «su» Simpecado y debajo del techo de lo que hemos dado en llamar «su» Embajada.

¡Hay que dejar el pabellón bien puesto a los ojos de todas las



Vista de la procesión por el campo; templete, fila de carretas y acompañamiento a pie de los curiosos de los pueblos

demás «naciones», y hacer ver que quien «se lleva la gala» es el pueblo a que el interesado pertenece! ¿Que

En el Rocío estamos,
Nadie se pique,
Que se lleva la gala
Villamanrique?

¡Lo veremos! Pues, así como en la entrada de las Hermandades no hubo quien nos la empatara, ni en el número de carretas ni en el exorno de las mismas, ni en el número de jinetes, ni en la maestría del tamborilero, ni en el lujo con que presentamos la carreta del Simpecado, ni en nada de lo que hicimos, porque aquello fué el disloque, así es menester que a la hora del rosario echemos la casa por la ventana: lo mismo en fuegos que en luces, en acompañamiento que en orden y compostura... ¡Que se demuestre con la lógica contundente de los hechos, que donde Malpica pica, nadie pica!... ¡Por algo somos... (Aquí el pueblo de cada uno).

Y basta de prenotandos.

II

Son las once de la noche.

La luna de la Pentecostés platea la llanura, que no tiene fin, pintando de alabastro los muros de las casas aldeanas, y de nieve los toldos de las carretas, agrupadas por pueblos en el real. Al calor asfixiante de todo el día, siguió a primera tarde una fresca marea del Atlántico, que pareció como una caricia de la mano de la Virgen. Con la puesta del sol se acentuó la frescura, entre húmeda y salobre, de la marisma, y los hombres han tenido que trocar la chamarreta de crudillo por el marsellés de paño con coderas de terciopelo, y las mujeres, que arrebujarse en el mantón de flecos y colorines.

La Hermandad de Almonte, «Potencia» en cuya «Corte» están las «Embajadas acreditadas» de los restantes «Estados» rocieros, sale entonces de la ermita, con su tamboril y su estandarte, sus varas de mando y sus faroles, su compacto grupo de devotos y su magnificentísimo Simpecado, detrás del cual va su música, a devolver la visita a los demás «Plenipotenciarios» por orden rigurosísimo de antigüedad, situados al efecto a la puerta de sus respectivas embajadas, claro que con su Simpecado y sus demás insignias, más todos los «agregados» y todos los «cobijados bajo el pabellón» querido de la patria chica.

«Cruzados los saludos de rigor» entre la Hermandad de Almonte y la Hermandad que recibe—saludos que nadie oye, porque entre los tamboriles y la banda; el repique de las campanas de la ermita y el estallar de los cohetes; el tronar de las piezas de fuego y el cantar de los que ya van en el Rosario, aquello es un guirigay que ensordece—, la Hermandad «que ha recibido» se incorpora a la matriz, con su tamboril y su estandarte, sus devotos con velas encendidas, y sus hermanos de mesa con sus varas; presidiendo la de Almonte, como es natural, que lleva ya por delante a la de Villamanrique—la más antigua—a seguida y con el mismo ritual, a la de Pilas, que es la que sigue... a poco la de La Palma... y así sucesivamente, hasta la de Benacazón, fundada el año pasado, y la de Rociana, que ha acabado de fundarse.

Como con cada una va «su pueblo», el rosario ha menester, para desenvolverse, toda la infinitud de la marisma. No son solamente «todas las Hermandades» las que van en él; sino «todos los pueblos» y familias y clases de cada pueblo: desde el potentado, que mide las heredades por leguas cuadradas y cuenta por millares las cabezas de ganado, hasta el humilde jornalero, que no tiene ni un jeme de tierra, ni «siquiá» una mala burra el «infelí»; desde la elegante, que se ha tocado el arca para dar más esplendor al pueblo a que pertenece, hasta la cogedora de aceitunas o arrancadora de garbanzos, que se ciñe a la cabeza el pañuelo a la judía, en que tiemblan como joyeles orientales los «matanovios»: floripones de



Automóvil compuesto con flores y mantones bordados en el Rocío

pluma, con pistilos de talco, con que la enferió aquella tarde el pretendiente... ¡Hija! ¡Que repre! (También por estas tierras se sincopa, aunque no seamos madrileños. Qué *repre* es, qué reprecioso.)

Y así, llevando en medio un bosque de Simpecados, estandartes, pendoncillos y varas, con cientos de faroles y millares de velas, una Hermandad y otra Hermandad, o sea: un pueblo y otro pueblo... o sea: *todo* El Rocío, en dos filas infinitas, a la luz de la luna que platea, y a la luz de las bengalas que tiñe de esmeralda y de carmín; entre tronidos de piezas de fuego—cada hermandad quema cuatro o seis o más—*tuntunes* de tamboriles y arpegios de

gaitas; batir de marcha de la banda de Almonte a cada Simpecado que se incorpora, y sin fin de cohetes voladores que se remontan por el aire, el rosario de El Rocío se desliza como una inmensa serpiente de escamas de luz, o como una constelación de estrellas y de luceros, descendida a la tierra del Condado, para entonar alabanzas y cantar loores, con un verdadero pugilato entre estrella y estrella por ver cuál bendice más a la que, según su auto-profecía, habrán de llamar bendita todas las generaciones.

Y con ese bello desorden de la oda—el rosario de El Rocío es la oda suprema a la Madre de Dios—mientras una Hermandad, o sea: un pueblo, canta el Ave María del rosario de la aurora, el otro va cantando el Dios te salve. Mientras aquel va desgranando el sartal de requiebros de la letanía lauretana, el otro va ejecutando, con afinación de coro del Real, el «Bendita sea tu pureza» del maestro Calahorra... aquí las dogmáticas «coplas de la campanilla» de abolengo dominicano—tan sabias son—y allí... ¡hasta la salve de *El Molinero de Subiza!*... Y aquí, y allí, y acullá, «como voz de muchas aguas», alabanzas y loores, bendiciones y cánticos, himnos y jaculatorias a la Bendita entre todas las mujeres, entre cohetes y más cohetes, ¡y más docenas de cohetes! que a modo de oración suben al cielo, para descender cuando han estallado hacia la tierra, convertidos en una lluvia de luces de rubíes y de esmeraldas, de topacios y de amatistas...

Yo, que como buen rociero, en el Rocío lloro por todo, me hartaba de llorar—no se lo digais a nadie—con los cohetes del rosario. Me parecían como la traducción viva y palpable de lo que dice de la oración San Agustín:

«La oración—dice--asciende (lo mismo que el cohete, digo yo) y al ascender a los cielos, he aquí que desciende... pero trocada en misericordia de Dios.» (Lo mismo que los cohetes llamados «de lágrimas»—añado yo por mi cuenta).

Así veía yo en el Rocío la oración de los romeros, durante ese *Rosario,* ante el que palidece, como oí decir al señor Cardenal, el celebérrimo de Lourdes: acaso más ordenado, pero menos pintoresco; acaso más numeroso, sobre todo en las grandes peregrinaciones, pero no más fervoroso ni más entusiasta: como una lluvia invertida de oraciones a la Virgen, subiendo al cielo; pero para descender a su punto de partida, trocadas en bendiciones de su

mano de Reina... de su mano de Madre... de su mano que *todo lo puede, en el Cristo* que ostenta entre sus brazos...

¡Cohetes del rosario de El Rocío! ¡Flechas de fuego y de luz, que a modo de suspiros de un pecho amante, salís en derechura del trono de la que se corona de estrellas! Sonad en las alturas de la atmósfera, como besos de amor enviados desde este valle de lágrimas a la «Madre nuestra que está en los cielos», y tornad, tornad a caer como puñados de flores de luz, o como rotos sartales de vivida pedrería, sobre todos los que rezan y cantan, y ¡lloran! en el rosario del Rocío.

¡Oh noche! ¡Oh cielo!... ¡Oh luna, escabel de sus plantas, y luceros y estrellas, corona de su frente! Decidles de mi parte a la Blanca Paloma lo que al Esposo de las «Canciones» el divino poeta San Juan de la Cruz:

Mi vida se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo su amor es mi ejercicio.





EL ROCÍO

CARTAS LITERARIAS PREMIADAS POR EL ATENEO Y SOCIEDAD DE EXCURSIONES DE SEVILLA EN EL CERTAMEN DE 1900, POR

JOSÉ NOGALES

(Sevilla. — Imprenta de F. de P. Díaz. — 1900)

CARTA I

Algo daría yo por ver, sin que me vieras, el mohín que harás «al recibo de estas cortas letras...», porque lo que menos podrías imaginar es que me metí a romero, y aunque sín bordón, tenga toda la traza de los tales, según estoy de sudado y correoso, y con más polvo encima que baca de diligencia.

Sí, señora prima: yo, el comodón, yo, el tumbonazo, a quien Ud. favoreció con el sacratísimo nombre de *Fray Pedro de la Quietud,* estoy enjaretando estos renglones en el propio real del Rocío, en estrecho aposento de una casa mayordomal, delante de la cual bailan no sé cuántas docenas de parejas, al son de otras tantas docenas de tamboriles y pitos de fresno, según el ruido que hacen. Alúmbrame un candil de feria, que nuestro buen amigo don Bartolomé fué a buscar por ahí, en mangas de camisa, como estamos todos, y creo que encontró en un puesto de avellanas y garbanzos tostados; porque te advierto que aquí lo que no se tiene, se pide; y lo que no se pide, se toma; pues, como en «aquella dichosa edad y siglos dichosos aquellos», no son conocidas estas dos palabras de *tuyo* y *mío.*

Mi señora doña Micaela no da paz a la mano en multiplicar la habitación, haciendo de una cuatro, merced a unas sogas del

carro y a las piadosas sábanas que nos sirvieron de toldo y de cortinas durante el viaje. Esta alma de Dios lleva a todas partes su espíritu casero y su eterna inquietud de hormiga hacendosa. Creo que el haber rebasado la cumbre de los cincuenta, tan soltera como cuando nació—único pecado que no confesará en sus días—, es causa de su desasosiego y de ese afán de trastear y removerlo todo, sea donde sea, como si su propia cama la llevase encima.

Y para que mi curiosa prima no pierda el sueño, ni se desmejore cavilando por qué y cómo su *Fray Pedro* echóse al mundo en romería, cosa tan fuera de su condición y su regla, diréte que, de una parte los ruegos de doña Micaela y de su hermano don Bartolomé, de otra las voces y animación del pueblo, y, por último, una súbita curiosidad que hubo de entrarme por *lejano contagio,* pusiéronme el pie en el estribo—en la rueda, mejor dicho—y dieron con mis huesos en el carro engalanado por manos femeniles.

—¡Hola!—oigo que dices.—¿Conque ruegos, consejos y curiosidad? ¿Y la devoción, señor primo...?

—También, también, Luisilla. No me darás con tu fragante devocionario en la cabeza: que tres buenas cintas tengo compradas y una gentil rosa de hililllo de plata, bendecidas por el padre Capellán, mi buen amigo, que vale más oro que pesa. Y ¡mira que pesará sus diez arrobas, como todo el mundo sabe!

Salimos ayer viernes, y fuimos a sestear más allá de la puente romana de Niebla, cabe un charco de agua dulce y frigidísima, en que llenamos los piporros y botijones y metimos el vino como en nevera. Allí encontramos una Hermandad de que es mayordomo un cojo, amigo mío, más malo que la quina en esto de hacer tretas para embromar al prójimo. Juntáronse a sestear hasta unos veinte carros y más de sesenta jinetes en todo linaje de caballerías. Con el calor, cantaban las cigarras y estaban callados los tamboriles; salieron a relucir las repletas alforjas, y a la sombra de los carros, de la puente y de unos tejares, comimos y bebimos, y yo metí la cabeza en el charco e hice más abluciones que musulmán devoto.

Con la fresca—una fresca perfectamente imaginaria—se removió el concurso; allí fué el cantar, y el vocear, y el repicar de panderos y castañuelas, y más al dividirse la caravana, echando la Hermandad hacia La Palma y nosotros, con cuatro o cinco carretas de séquito, en guisa de atajo, hacia Rociana, en demanda de ciertos

húmedos y fresquísimos pinares que al otro lado de la villa se extienden.

Subíamos la empinada cuesta del *Alcornocal*, llena de sol, que va desarrollándose en múltiples curvas a través de verdes y lozanos viñedos por los que corre la rica savia del Condado, y al arrullo del *tinguili tinguili* de las esquilas, del zumbar de las cigarras y del



La Hermandad de Coria del Río para el Rocío

incesante cantar de la gente moza, iba yo adormeciéndome, mirando aquel paisaje estival en donde, aquí, allá, acullá, por todos los lejanos caminos, se movían unas manchas blancas que brillaban al sol, y eran otras tantas carretas ensabanadas, de la alegre romería que llenaba el campo.

Una de las mozas que con nosotros vienen, especie de *Altisidora* un tanto rústica, ojo derecho de doña Micaela, rompió a cantar a grito herido:

Las carretas compuestas
Van al Rocío;
Móntate en la culata,
Moreno mío.

Y otra, que iba zaguera, en son de respuesta echó al aire la conocida copla:

La carreta y los bueyes
Son de mi padre;
El carretero es mío;
Dios me lo guarde.

Con lo cual hubo donaires y pullas para nuestro carrero, hermoso ejemplar que aún no ha tres años que «metió la mano en quintas» y todavía se pone colorado con estas bromas.

El ruído aumentaba al par que ascendíamos y entraba en los pulmones algún soplo de aire fresco. De vez en cuando se arrimaba al carro algún sediento, y según de qué fuera la sed, le alargábamos el barquino o la bota. Tú que conoces a don Bartolomé, supondrás que me fué hablando en parábola todo el camino. Aquí lo tienes: tan viudo,—hay quien opina que nació en ese estado—tan cacicón y tan moralista. Su filosofía lo lleva siempre al lado de quien manda y su fórmula política es esta, que me repitió mil veces: «que no jueguen los burros y paguen los arrieros.»

Su apreciable hermana doña Micaela me cuida a cuerpo de rey; suya fué esta ocurrencia de la romería, pues ya sabes que la buena señora siente como pocas el fervor mariano, que es el mejor que pudiera sentir. Cuéntame que estuvo en Piedras-Albas y en la Peña, en Los Angeles y hasta en Tudia..., y de cada excursión de estas tiene recuerdos chistosos de lances que le acontecieron. En todos esos zarandeos le acompaña *Altisidora,* y de ahí su bonísima amistad, aparte de que la buena gracia de la moza lo requiere.

Al entrar en Rociana, nos tomaron por Hermandad hecha y derecha, y hasta repicaron las campanas; salió una turba al camino para hacer reverencia al simpecado, cosa que, por nuestra desgracia, no había; y viéndonos tan sin tamboril, comenzaron a mosquearse los muchachos, y algunos a proveerse de *almendrillas,* como si los hubiésemos estafado. En poco estuvo que no asomase yo por los varales a doña Micaela, a ver si, juzgándola tamboril, nos dejaban en paz. Salvónos un oportuno golpe de castañuelas y panderetas, con que atronamos el pueblo

Seguimos, dando cada tumbo, que rascábamos el toldo con la coronilla, como codornices en jaula, y no te digo con qué deleitosa sensación nos hundimos en la sombra fresquísima del pinar. Aquel

rumor quejumbroso y acompasado con que se mueven las copas de los árboles; aquella penumbra olorosa; aquel perfumado gotear de la resina; aquella bóveda ondulante y dilatada, que el sol no cala sino por contados resquicios; aquel suelo resbaladizo, alfombrado con espesa capa de filamentos secos, en que crecen ahiladas plantas de olor vivificante, toda aquella majestad de la Naturaleza solitaria fué como profanada por nuestro ruído y por los ecos de nuestra regocijada comilona.

No sé de qué artes se valieron para sacarme de aquel benditísimo pinar, en cuyas frescuras hundíme como en baño. El caso es que volvimos al carro, y al meneo, y a las copletas, y a los dichos sentenciosos de don Bartolomé, sin tener yo otro amparo que la bota, ni otro refugio que el recuerdo de mi adorable prima...— «¡Cursi, cursi!» Oigo que dices con tu boquilla de media almendra, ni más ni menos que si te espetara una declaración amorosa, cosa de que Dios me libre.

Así, entre sueños, vi una Hermandad, un tropel de gente a caballo, con un simpecado que rozaba el ramaje...; varias carretas, allá, por distintos sitios, como velas blancas perdidas en aquel mar de sombras y verdura...; recuerdo que hice reverencia a un pino muy grande, del que me contó no sé qué cosas doña Micaela, y que entramos en Almonte, mejor dicho, en un campamento sin disciplina, en que mulas, carros, romeros y vecinos nos confundíamos, sin lograr los últimos entendernos. ¡Y eche usted coplas! Todos los acordeones, guitarras, panderos y palillos se volvieron locos de atar, y no digo nada de los cantantes: creo que hasta don Bartolomé soltó la suya. No me atrevería a jurarlo, pero en aquella baraúnda filarmónica oí su voz dando al aire alguna sentencia, acaso, acaso una de sus fórmulas políticas, rimada por el propio cosechero.

Doña Micaela y las mozas encontráron posada; su señor hermano y un servidor de usted nos acomodamos en el corro. ¡Cristo, qué ronquidos los del catoniano varón, el de «jueguen los burros y no paguen los arrieros»! Acordaréme mientras viva.

A los carreros y jinetes les dió ¡ay! por velar, y yo velé con ellos. ¡Qué noche! Considera, alma cristiana, lo que sería de tu *Fray Pedro,* medio tendido en una tabla, alta de un lado y baja del otro, con los huesos de las caderas ardiendo como en fragua,

de tanto volverse y revolverse, desvelado por los gritos y canciones, y con un órgano expresivo de aquel sonoro calibre a dos palmos de sus castigadas orejas.

Quiso Dios que viniera el día y con él empezase la marcha de la ya respetable caravana: entramos con todo el peso del calor por esta antigua dehesa de *La Rocina,* donada por Alfonso XI al Concejo de Niebla, y dimos vista al anhelado Santuario, con casi tanto júbilo como los cruzados al divisar los muros de Jerusalén.

Acampamos, porque había que organizar la entrada, que no puede hacerse hasta la tarde, y, temeroso de alguna insolación



Hermandad pueblerina por la orilla del Río

en esta llanura arenosa y salobre a la que llegan las brisas del mar apenas salvan las famosas playas de Castilla, quedéme bajo el toldo, en tanto que no sé cuántas Hermandades llegaban y se disponían en orden, entre inmensa turba de gente retozona y movediza, que se revolvía con inquietud de hormiguero y con zumbar de enjambre, al son de los tamboriles y demás instrumentos, entre confusión de gritos y cantares, pataleo de ganado, estallido de cohetes y el repicar incesante y jubiloso de las campanas de la Ermita.

Entramos... Pero esto pide capítulo aparte. Ríndeme el sueño; el candil apesta a demonios; el ruido de la zambra llena el

espacio y hay un gentil jergón de mullida paja que me espera...; que me está llamando.

Hasta mañana, prima..., y que Dios te guarde.

CARTA II

Creerás ¡oh prima! que tan pronto como di el tumbo encontré el sueño de que estaba harto necesitado. Como nunca viniste a esta romería, es en ti *dispensable* la suposición. Cual puntual cronista, dejo para su lugar la relación de los sucesos que alargaron mi vigilia más de lo que yo quería.

Decíate que entramos triunfalmente en el Rocío, y añado que esta entrada es famosa y uno de los más pintorescos espectáculos del mundo. Sin otra autoridad que la tradición, ni otro elemento ordenador que el popular entusiasmo, organizóse la procesión, que fué desfilando por delante de la Ermita. Creo que el orden que siguen las Hermandades es este: Almonte (que es la primitiva), Villamanrique, Pilas, La Palma, Moguer, Sanlúcar, Triana, Umbrete, Coria del Río, Huelva... y no sé si alguna más. Los jinetes, solos o con mozas a las ancas, iban y venían, hostigando a las bestias, que parecían todas picadas del tábano. Los tamboriles fingían una no mal concertada tormenta y no se oían los pitos en aquella inmensa confusión de voces, vivas, relinchos, mugidos y estruendosos repiques de panderetas y palillos. Todas las mujeres iban cantando y era de ver cómo a los tumbos de las carretas se zarandeaba aquel vistoso cargamento humano, de tan ruidosa alegría acometido.

Distinguíanse bien las carretas en que vienen puestos los pendones y simpecados, unas con templetes a la moderna, otras con ricos y añejos atavíos, tiradas por bueyes adornados de vistosos cinchos y altísimos frontiles, que relumbraban a los rayos del sol poniente y recordaban algo los adornos con que a esas sagradas bestias decoraban los egipcios. Al pasar esas carretas por delante del Santuario, los mansos animales doblaban las rodillas pesadamente, a una señal que les hacían con las picas engalanadas, y vieras allí el redoblar del entusiasmo fervoroso, el aumentar de los vivas, el estallar de mil cohetes y girándulas que rasgaban el cielo, no azul entonces, sino dorado con tinta crepuscular de oro

viejísimo. En tanto, la muchedumbre se desplegaba por esta llanura henchida de olores de pinar y de marisma, en que la rara procesión se alargaba en una curva infinita, con un vibrante ondular de animal vivo y ruidoso...

Entre aquel estruendo saltaba como flecha sonora la copla popular:

En el real del Rocío
Vamos entrando,
Arrecogiendo flores
Y haciendo ramos.

Y con un martilleo lírico, afirmando cierta supremacía legendaria, no cesaban de repetir el consabido estribillo:

Nadie se pique:
Que se lleva la palma
Villamanrique.

Realmente se llevan la palma las trianeras, con sus carretas vistosas, su desenfado picaresco, su incesante guitarreo acompañado de palmas, sus vestidos pomposos en que cruje el almidón y huele la limpieza, su gracia y donaire en el cantar, en el decir, en el cimbrear del baile en carros repletos, en que ni aun sentados se puede estar sin dar y recibir crueles cabezazos.

Acamparon las Hermandades en los sitios ya designados; encendieron todos los candiles; formáronse los ranchos; juntaron en grandes grupos las caballerías, pensadas y abrevadas; llenóse el templo de fieles que llevaban velas y exvotos o pedían reliquias, y por todo el real se extendió un súbito afán de brincar, bailar y retozar, como si a toda esta muchedumbre la hurgasen tarántulas.

Mi buen amigo el P. Capellán convidóme con lo mejor que tiene encerrado en el camarín; un mayordomo diónos posada en un aposentillo en que hay mil trebejos y que doña Micaela compartió de la manera que te dije, y cuando molido y desencuadernado recogíme a buen vivir, armaron baile a la puerta y aproveché la vigilia poniéndome a escribirte lo que en mi primera carta va contenido.

Dejé el hilo de esta relación en el punto y hora en que el *coronista* cayó en su jergón como piedra en pozo. A media rienda

entrábase el infeliz por el sueño, cuando oyó en el vecino camarote rumor de lucha y claras y continuas bofetadas, mientras que don Bartolomé gruñía ciertas nada ortodoxas interjecciones. Creí que los hermanos reñían, cosa que me espantó, y más cuando redoblaron las palmadas por el lado en que reposaba doña Micaela y oíla también rezongar malhumorada y doliente. Buscando explicación andaba, cuando súbito me di dos bofetones y solté dos ternos de rito solemne, y tan pronto como dejé el rostro acudí a otras partes,



Otra Hermandad entrando en el campo de la Ermita

defendiendo mi persona de un enjambre de mosquitos coraceros, que, lanza en ristre, cargaban con hambre de nacimiento, pues sólo durante la santa romería pueden hartarse. Ello es que, acribillado de tanto alfilerazo venenoso, bramando de impotente ira, huí del foco, dejando que el enemigo se cebase en las inocentes carnes de mis amigos. Como el hartazgo es padre de holganza, hubo tregua, y aprovechéla volviendo al colchón, aunque temeroso de que otra horda nos dejara en los huesos. Apenas llegó el sueño, fué interrumpido por unas mozas que entraron a sacar jarros de vino de cierto barril que a la cabecera de doña Micaela había.

Roncaba la buena señora llevando el contrapunto a su hermano, que parecía rana, según lo grave y acompasado del resuello, cuando comenzó a gemir con la pesadilla, y luego a lamentarse diciendo que estaba en un charco, y por último, a pedir socorro

con desaforadas voces. Acudimos y vímosla nadando en mosto, revolviéndose en la colchoneta, de la que salió cual bizcocho borracho. Causó aquella desgracia el descuido de una moza que dejó a medio cerrar la canilla del barril, por lo que la cuitada señora tuvo larga ducha y baño *gratis*, con el aditamento de susto, sobresalto, pesadilla y soponcio, amén de cierto amago de embriaguez de lo que entró por los poros sin poderlo remediar.

Con estas y las otras, como el alba se iba anunciando, dejé «las ociosas plumas» mayordomales y comencé a pasear por el real, un tanto sosegado en aquellas horas. Vi los infinitos ranchos de gentes durmiendo, unas, debajo de las carretas, otras, a cielo limpio, sin más tapadera que un costal, o sin tapadera ninguna, y discurriendo entre esos grupos como rata nocturna, iba mi amigo el cojo con dos o tres ayudantes, haciendo tretas, tiznando con tapones quemados la cara a las mujeres, poniendo despabiladeras ardiendo en las narices a los hombres, atando a muchos de los pies y pinchándolos con alfiler para que con el dolor se levantasen y bruscamente cayesen, con toda la variedad conocida de chanzas de entremés y romería.

Y es de notar que, aunque algunos se enfaden y aun enojados tiren de la navaja, todo se compone y aquieta con un ¡viva la Virgen del Rocío! Y cuando esto no basta, dos morrocotudos bonetazos del Capellán—que todos los años rompe uno—restablecen la paz y concordia entre estos príncipes cristianos.

Apenas empezó a clarear, despertaron los tamboriles, siguieron las guitarras, desperezáronse las castañuelas, panderetas y acordeones con los triángulos y pitos. Nunca vi un tan alegre despertar de la muchedumbre. Según el orden de los ranchos, *incensados* ya por el humo de los primeros buñuelos, bailaban al fresco, y aquí se oían los *jipíos* trianeros, allá las seguidillas pileñas, en otra parte el fandanguillo de Andévalo, acullá la clásica copleta valverdeña, que huele a alfajores:

Al pilar de Valverde
Voy a dar agua...;

por allí, la endecha minera y la malagueña de la serranía, y hasta la seguidilla culterana de la gente alosnera, que no pierde ripio siempre que puede en dar la noticia de que

La hermosa *Judí*
Venció a Holofernes,

con la erudita y consabida,

Segundo Marco Antonio
Soy en quererte;
Que a vista de Cleopatra
Se dió la muerte.
Y de este modo,
Tú serás la Cleopatra,
Yo Marco Antonio.

Por cierto, prima, que tarde olvidaré la impresión recibida en este regocijado amanecer, viendo a una vieja de aquel terruño cantar, acompañándose del adufe, una canción morisca, del todo morisca, una de cuyas coplas es como sigue:

Siempre en mi fe constante
Voy con precaución,
Por si acaso algún día
Mudas de intención.
Voy con temores,
Por que nunca te alabes
De mis favores.

¿No sabes qué es un adufe? Un pandero moruno, grande y cuadrado, que tañen a dos manos y aún usan en sus típicas fiestas los del Andévalo.

Ya bien entrado el día, empezaron las misas, y la iglesia no se desocupó. Matamos el gusanillo con buenas tortas con que el Capellán agasajóme y conocí a cierto matrimonio que viene todos los años a solicitar no sé qué milagro. El milagro no se realiza, y si es lo que presumo, no será grano de anís. No hay más que ver la endeblez y apocamiento del Registrador—que tal oficio tiene—y la lozanía y exuberancia de la Registradora, para juzgar que hay desequilibrio y poca conveniencia de edades y complexión.

Recordé aquellos versos de Baltasar del Alcázar a otro matrimonio por el estilo, y a punto estuve de soltárselos al Registrador:

Pintábaos fuerte varón
Dentro en la imaginación;
Pero ya la pobre entiende
Que fué tesoro de duende,
Que se convirtió en carbón.

Pero ¡qué tonto soy! Te hablo de cosas que para ti son textos hebreos. He visto a la Virgen con su áureo vestido en forma de



Paso de la Virgen del Rocío conducido a hombros por los romeros



campana, que, según dicen, costearon los hermanos Tello de Eslava y el canónigo Carrillo, y tomara yo que no lo hubiesen costeado, por ver la efigie en la propia talla del siglo XV, en que se apareció al cazador, según la tradición piadosa. Ya sabes que esta imagen debe de tener en la espalda una inscripción latina, que declarada en castellano dice: «Nuestra Señora de los Remedios», título y advocación que fueron convirtiendo en el de *La Rocina* y del *Rocío,* por el nombre de la dehesa, en uno de cuyos árboles la encontraron.

Son buenas las ráfagas de plata labradas a martillo que rodean la imagen; no así las representaciones pictóricas de los milagros operados por su intercesión. De estos exvotos los hay por cargas, sin que falte su buen golpe de pelo en trenzas, muletas y mortajas, con miembros de cera y faluchos de a palmo, testimonios de piedad sincera y recuerdos candorosos de muchos dolores.

El día lo pasamos bien..., salvo el ruido, salvo el calor y salvo los mosquitos... ¿Pero esta gente es de hierro? me pregunto al ver bailar a todo el mundo, lo mismo al sol que a la sombra, en la arena ardiente y a la vera del pozo, detrás de la Ermita, dentro de las casas de cofradía... La fiesta está en su punto: los puestos y carros, con sombrajos de blanquísimas sábanas, alegran la llanura; el hormiguero humano no cesa de moverse con sordo zumbido; el sol implacable parece llover polvo de fuego sobre la angustiada tierra, y allá a lo lejos, detrás de unas matucas grises en que empieza la marisma, suenan los tamboriles, llenando el campo de ecos pastorales que huelen a idilio.

Yo sí que no sé a lo que huelo, mas de seguro no es a ámbar, según los humos de sartén con que me sahumaron.

Tuyo hasta la muerte, el caballero de tal y tal.

CARTA III

Con el poco dormir y el grandísimo cansancio, ando por aquí como sonámbulo, prima mía. Ya no sé si las cosas pasaron en un día o en otro, y con este tamborileo incesante los sesos se me hacen agua.

Anoche hubo un gran rosario de gala, que hizo estación en los sitios donde acampan las Hermandades. Con este motivo hubo refresco en todas ellas y, cuál más cuál menos, quemaron vistosos fuegos de artificio y derrocharon los cohetes. Dicen que los navegantes que a esas horas buscan la entrada de la barra de Huelva ven estos fuegos, y desde el mar les parece cosa divina este lujo y esplendor. Parecíamelo a mí, que estaba en tierra, porque te juro que ninguna fiesta tan verdaderamente popular y andaluza vi en mi vida. Aquí el pueblo es amo y señor, sin que ningún poder, si no es el de su entusiasmo y fervor, lo refrene, y en esta confusión, en que la bebida no se tasa ni se atan las lenguas, apenas sucede cosa fuera de los términos del orden.

La marcha del rosario parece una fantasía; aquel relumbrón de faroles en el oscuro campo; aquel largo desfile de luces movedizas entre la masa rumorosa de gente que reza o canta; las posadas ante las Hermandades apercibidas con sus estandartes, sus varas

doradas y sus carretas engalanadas con ramas de adelfa y hierbajos bienolientes; todo aquel estruendo en que se confunden voces, músicas, rezos, repiques y estallidos es algo conmovedor que lleva al corazón alegría: la alegría de vivir entre gentes buenas, que saben ver el mundo por el lado menos feo.

El mayordomo de Almonte invitó a las Hermandades para la función de hoy, y con este motivo hubo muchos comedimientos y cortesías, que no dejan de ser graciosos. Acabado el rosario, continuó la danza y jaleo, y algo más tarde repitióse la escena de los mosquitos, que verdaderamente nos comen. El Capellán brindóme con cierto refugio seguro dentro de la ermita, de que él tiene la llave, y me apresuré a aceptarlo, dejando a mis amigos que se defendieran, y aun advirtiendo a doña Micaela que mudase de cama, por si acaso sobrevenía otra inundación, de la que habría mil envidiosos.

Antes de la función se celebraron no sé cuántas misas, que oyeron las Hermandades, y en la ermita no cabía un grano de trigo. Cuando empezó la solemne pensé ahogarme; tal era el calor. El sermón fué de lo bueno; al menos, ningún otro me hubiese parecido mejor, dicho en aquel púlpito desde el cual se ven leguas de camino y se oye el balido de los ganados marismeños. Mi buen amigo el P. Capellán echó «el de siempre» y ojalá no lo varíe, pues, como él dice, para quien es padre, buena está la capa; esto es refiriéndose al auditorio; que por lo que toca a la Virgen, para él no hay nada en los cielos ni en la tierra como la Señora.

Acabada la misa, salió la procesión. Todo cuanto te diga es poco para ponderarte la majestad de esta sencilla ceremonia. En pleno campo, bajo un cielo azul purísimo que el sol abrillanta, muévese el ordenado concurso; las Hermandades, por su categoría, con todos sus estandartes e insignias, con sus tamboriles batiendo una pomposa marcha pastoril, los romeros que cumplen votos, las músicas, la clerecía, con sus ropajes blancos y dorados, la Virgen, áurea, refulgente, llena de luz y de amor, entre ráfagas que parecen rayos del sol mismo, con su corona estrellada, hollando la luna y bendiciendo los campos henchidos de aromas, con su sonrisa de paz y alegría.

Al columpiarse los incensarios, parecen luceros que van y vienen, guiando el trono por el mundo; chorros de humo azul y

oloroso envuelven la imagen; gritos mil de un entusiasmo que hincha los corazones mueven el aire, sacudido a la vez por centenares de ruedas y cohetes que estallan y se desgranan en la altura. Todas las músicas lanzan sus sones, todas las campanas, sacudidas por febriles manos, estremecen el concurso con el vibrar de sus bronces; la tierra arde, los ojos lloran, las manos se alzan en un anheloso afán de llegar hasta la Virgen, y ojos piadosos creen ver



Fiesta de baile en el Rocío

cómo el pozo rebosa y echa sus aguas fuera, al paso de la procesión y a la vista de la imagen.

En esto, óyese un clamoreo que parece un trueno lacrimoso... Algún milagro; algún mudo que habla; algún paralítico que estira sus remos....; el suceso siempre pedido y siempre esperado.

Desde lo alto de las carretas las mujeres gritan, gesticulan y envían besos a la Virgen; los hombres gritan también y como espoleados por súbitos impulsos, galopan jinetes en sus caballos andaluces, como corriendo la pólvora por aquel llano ardoroso.

Te digo que no puedes imaginar cosa más bella ni más soberbiamente pintoresca que esta procesión sin alcaldes, sin civiles, sin más bastones de mando que las varas doradas de los mayordomos y el bonete giganteo del señor cura.

No queda un romero sin su cinta y su rosa plateada, y las

llevamos además por docenas, para regalo de los que no vinieron. De estampas, un cargamento; y de rosarios y medallas, por fardos.

Cuando la Virgen entró en su casa, entró el vértigo de marchar a toda la gente. Yo me he metido en el aposento mayordomal para escribirte esta, en tanto que enganchan las mulas y preparan el carro. Y como todo el mundo trajina en lo mismo, el real parece el campamento de un ejército que se da a la fuga.

Doña Micaela está que trina: hase encontrado al carrero con una zangarriana muy decente y trae a las mozas al retortero, recogiéndolo todo, acomodándolo todo, con su espíritu casero de hormiga hacendosa. Don Bartolomé echa tabaco y filosofa, dejando hacer a su hermana, en tanto que afuera se oye el estruendo de la marcha, las voces de los carreros, el pataleo de las bestias, el son de los incansables y durísimos panderos (que aún viven, aunque parezca milagro), el coro más incansable de las voces humanas y el golpeteo de la porreta en el parche de los zumbadores tamboriles...

Al pasar por delante de *mi* aposento, va cantando un mozo:

¡Qué sola te queas,
Virgen del Rocío!
¿Pa qué quiés más compaña
Que la de tu Niño?

Sí: ¡qué sola te quedas! Nuestro carro es el último que sale del real. La caravana inmensa se desparrama a lo lejos con toda su gritería. Aquí queda sola y triste esta llanura salobre, impregnada de olores de marisma, manchada por los detritus y despojos que trajo la ola humana. Una augusta serenidad va envolviendo el paisaje: los altos pinos mecen su fronda con rumor de rezos y suspiros; las matucas marismeñas se desperezan a los soplos de la brisa salada; el campanario blanco y silencioso parece un palomar saqueado; la llanura descansa, el terruño duerme...

—¡Al carro, eh, al carro!—me gritan—. Al carro ¡ay! y que Dios me ampare. Pero yo también he de soltar la *mía,* ahora que estamos solos:

¡Qué sola te queas.
Virgen del Rocío!
. . . .

Adiós, adiós, tunantuela. Compadéceme... ¡Ruega por mis huesos!...

ROMANCE
DE LA PROCESIÓN DEL ROCÍO

I

Se hizo sueño el Aljarafe,
Se hizo fantasia la loma.
La visión rueda en torrente,
Que del mismo cielo brota,
De mil ruedas en un carro,
Invención de mente loca,
Para llevar por los campos
A la Bética en victoria.
Bajo el ocaso de junio,
—pavón de encendida cola—,
Por la vega de Triana
Los peregrinos retornan.
Abren marcha los jinetes,
Cabalgando a la española;
Caballeros y caballos
Béticos centauros forman.
Acorta el busto al jinete
La blanca chaqueta corta,
Y el sombrero de ala ancha
De majeza lo corona.
Bracean los alazanes
Con majestad de victoria,
Airón de fuego las crines,
Ígneas banderas las colas.
Una carreta de plata

—arquitectura de Roma—
De la Virgen del Rocío
La imagen ingenua porta.
Dos rojos bueyes la arrastran,
Ascuas, del campo en las sombras,
Por caminos de sosiego
En la honda paz de la hora.
El tamboril y la flauta
A la mano y a la boca
Tregua no dan, y los aires
De cadencias se alborozan.
Y en el nocturno misterio,
La tonada rememora
De instrumentos medievales
La dulzura cadenciosa.
Las carretas del Rocío,
Vergeles de sangre moza,
Profanos pasos del baile,
Del suspiro y de la copla,
Resbalan por el camino
Cual sueños por la memoria,
Arrastrados por los bueyes,
Que son rústicas estrofas.
Las mocitas, coronadas
De espigas y de amapolas,
Fingen beldades paganas
En gentil fiesta remota.
El aliento de las ventas
Huele a báquicos aromas,
Y Sanlúcar y el Condado,
Hechos sol, llenan las copas.
Cañaverales de vidrio,
Que de áurea savia rebosan,
De la procesión al paso
Ofrendan su sangre blonda.
Y cuando el mar de la noche
En la vega se desborda
En un torrente de estrellas

Que es un diluvio de aljófar,
La diestra de los jinetes
Alza la humeante antorcha
Como bandera de llamas
Que en el espacio tremola.
La Fe y el Amor y el Arte
En el Rocío hallan forma,
Y el Rocío es el rocío.
De las internas corolas.

II

La Procesión del Rocío
Vuelve al seno de Triana,
Que abre los maternos brazos
Y a la hija que torna abraza.
En los fuegos de artificío
Las fantasías estallan
Y le alzan arcos de triunfo
Que son iris de Bengala.
La luminaria a la noche
Convierte en claror del alba
Y en el corazón del pueblo
Despierta otras alboradas.
Trasciende a flores el aire
Y el pecho a mieles de Alcarria,
Que el poema de los campos
En flor, por Sevilla pasa.
Es la multitud enjambre,
Atronando en catarata,
Y en la colmena del barrio
Mieles de ilusiones labra.
En el nido de la torre,
Volteando la campana,
Es pájaro enloquecido
Que trina, abiertas las alas.
Las carretas del Rocío
Son ambulantes peanas

En las que el pueblo, cantares,
Juventud y amor consagra.
Fingen en la mano hachones
Procesión de errantes llamas,
Algo de visión dantesca
Y quijotescos fantasmas.
Hilo de luz que procede
Del huso que usa la anciana
De la tradición, la rueca
Del campo andaluz abarca.
Madeja del Arco-Iris
De la celestial bonanza,
En un abrazo a la Bética
Al punto de origen ata.
La Procesión del Rocío
Es el friso de la Gracia
Ceñido por la Belleza
A la frente de Triana.

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN.

Sevilla, 2-VI 1933



LA ROMERÍA DEL ROCÍO

ENTRADA EN TRIANA

(Fragmento del poema inédito del mismo título)

Ya el sol poniente derrama
Su luz que en los campos brilla,
Y a su fecundante llama
Se divisa el panorama
De la Vega de Sevilla.

Y desde la cumbre enhiesta,
Castilleja de la Cuesta,
Como el águila en su nido,
Parece que se recuesta
En su torreón erguido.

Desde su celeste altura
Se contempla la guirnalda
De la huerta limpia y pura,
Y la gentil galanura
De la arrogante Giralda.

Y aun de Sevilla distante,
Llega allí la algarabía
De la ciudad deslumbrante,
Que espera ansiosa y amante
La popular Romería.

Y el anuncio de un cohete
Que en el cielo se desgrana,

Conmueve a todo Triana,
Y el entusiasta jinete
Va a esperar la caravana.

Ya se dibuja el perfil,
Entre alegre batahola,
De aquel cortejo gentil,
Que mueve una humana ola
Al sonar del tamboril.

Y ya llegan los jinetes;
Se repiten los cohetes
Y el cielo ardiente fulgura,
Dibujándose en la altura
Las torres y minaretes.

Con la multitud inquieta
Vuelve la primer carreta
Entre aplausos y alborozos,
Y acuden mozas y mozos
A verla en la Pañoleta.

La carrera se engalana
Con adamascados mantos,
Con jarrones verde y grana,
A la que da sus encantos
La graciosa sevillana.

Pues lucen mil criaturas
Sus elegantes figuras,
Sus gallardas perfecciones,
Tras las bellas colgaduras
Que abrillantan los balcones.

Y suenan dulces cantares,
Castañuelas y palmadas,
Entre ¡vivas! a millares
Que lanzan las exaltadas
Expansiones populares.

Pero entre todos descuella,

En la hirviente catarata
Del pueblo que se atropella,
La imagen bendita y bella
De la carreta de plata.

Y entra en triunfo el Sin-Pecado
Sobre templete luciente,
Que está en plata repujado,
Y que deslumbra escoltado
Por la multitud creyente;

Y por la caballería,
Que es de la Hermandad honor,
Que con pompa y gallardía
Matiza la Romería
De pintoresco esplendor,

Entre las aclamaciones
Puras, fervientes, cristianas;
De populares canciones,
De la música a los sones
Y al repique de campanas;

Y a la ardiente claridad
De tantas bengalas bellas
Y tanta grata beldad,
¡cual si con lluvia de estrellas
Se alumbrase la ciudad!

Y con galano atavío
El cortejo atronador
De la fiesta del Rocío,
Va por la orilla del río
Que refleja su fulgor.

Y en su límpida corriente
Orgullosa se retrata
Tanta carreta luciente,
Y hasta el gentil continente
De la airosa cabalgata.

Y bajo el azul zafir,
No es posible concebir
Tantas galas, sino al verlas,
Y frente al collar de perlas
Que forma el Guadalquivir.

...Entra al jardín del Convento,
Voltea alegre la campana,
Y en tanto, en el firmamento
El cohete al fin desgrana
Flores de luz en el viento.

Relumbra del templo el brillo;
Resuenan marchas triunfales
Y arde en llamas y espirales
El resonante castillo
De fuegos artificiales.

Y su estallido sonoro
De tronante poderío,
Cual fúlgido meteoro,
Lanza un «¡viva!» en letras de oro
A la Virgen del Rocío,

Que reproduce la gente
Con tan honda intensidad
Y en clamor tan imponente,
Que, vibrando por el Puente,
Resuena por la Ciudad.

En tanto en el templo ufanos
Se arrodillan los Hermanos
Ante su excelso pendón,
Y allí, jóvenes y ancianos
Le rinden una oración...

Y esa enseña secular
Que se guarda en el altar
Del Rocío en la memoria,

La volverá a alzar con gloria
La devoción popular.

Fuera, la gente anhelante
Aun escucha el dulce son
Del tamborilero errante,
Que da su última canción,
¡Canción que es himno triunfante
A la santa tradición!...

TIRSO CAMACHO

Sevilla, 2-VI-1933

ASPECTS
DE LA ROMERÍA DEL ROCÍO

UN FRISO HELÉNICO

La romería del Rocío, tiene un valor imponderable. Es algo especial, característico, que escapa a toda síntesis por multiforme y varia, llena de innumerables facetas, que constituyen sorpresa para los sentidos, atracción para el pensamiento, motivo de profundas resonancias interiores o solicitación poderosa para disquisiciones y sutilezas del entendimiento.

Y sin embargo, esta romería tan andaluza, en todas sus manifestaciones, apenas si ha logrado un estudio detenido y completo, un libro que la ponga al alcance de todo espíritu curioso y que descifre sus orígenes y sus antecedentes. Del presbítero don José Alonso Morgado, se conserva un número de la revista religiosa *Sevilla Mariana,* dedicado a la Virgen del Rocío. En ese número de la revista indicada, se trata de la tradición popular de la imagen de Ntra. Sra. del Rocío, venerada en su santuario del término de Almonte y después de otros trabajos y de examinar el origen de la fiesta llamada vulgarmente el Rocío chico, se describe la romería anual, que se celebra en los días de Pentecostés.

Don Alejandro Guichot, ilustre escritor sevillano, uno de los que más hondamente han penetrado en la investigación de nuestras costumbres, tiene inédita una obra en que estudia las romerías de esta tierra, bajo el título de *Arte popular sevillano.* Entre Morgado y Guichot, se puebla el conocimiento de tal manifestación maravillosa de arte popular religioso, de una literatura episódica, citada con singular acierto por nuestro compañero el Sr. López Martínez,

pero sin que ninguno de los escritores mencionados por él, aborde totalmente el tema, limitándose todos a exaltar con feliz acierto, alguna de sus cualidades más singulares y atrayentes.

Esto me recuerda una frase feliz de un gran pintor andaluz, Gustavo Bacarisas, que ha traído al mundo de nuestro arte regional una aportación personal, luminosa y clara, de su interpretación estética. Era en la época en que venía a Sevilla, peregrino de sus encantos, aquel *galleguiño* atrayente, macizo y orondo, que se llamó Alejandro Pérez Lugín. El escritor que tan sutilmente supo captar el ambiente compostelano, cincelando en las páginas de *La Casa de la Troya* la vida estudiantil de Santiago, había sido ganado por el embrujo de Sevilla, según la frase del americano Reyles. Quizás a él, tan tumultuoso en todo—voces y gritos, en la encendida fiesta de nuestros toros—, le era imprescindible esta riqueza de luz alborotada, que se le entraba por las ventanas del alma, en un pródigo tropel, en un arrebato de rayos solares. Y ganado por lo típico, bien pronto llegó al Rocío y quiso encerrarlo en la novela.

Ahí está el libro. Lleno de devociones íntimas, rezumando amor en cada página, como ofrenda póstuma de su entusiasmo... Pero el Rocío, la romería de Andalucía, de Andalucía baja, que reune en un concierto interprovincial a Cádiz, Huelva y Sevilla, desbordó la creación del escritor, rebosante de gracia, en su policroma e incopiable originalidad.

Por eso Gustavo Bacarisas, cuando yo le iniciaba la tentación de un cuadro (1), me contestaba firmemente convencido: «No, eso no *cabe* en un cuadro. Sería más propio para lograrlo, un friso, un gracioso friso helénico.»

ANDALUCÍA LA BAJA

Quizás el término no sea absolutamente exacto. Ni absolutamente, ni de manera relativa. Lo cierto es, que va ganando terreno y tomando carta de naturaleza, entre literatos y escritores. Y hay un resquicio que permite afirmar ciertas diferenciaciones de moda-

(1) El glorioso maestro Gonzalo Bilbao, cumbre de nuestra pintura, tiene un admirable cuadro titulado ***Romería del Rocío***. Es un cuadro sobre motivos del Rocío. Carretas adornadas y mujeres. Algo episódico, aunque magistralmente logrado; no la Romería en su aspecto total.

lidad entre los andaluces de la tierra baja y los andaluces del interior, menos llenos de aquella visión de salida al mar, al mar Atlántico, que caracteriza a ciertas zonas de la región nuestra.

Son, en la feliz denominación de Fernando Villalón, el poeta rendido al encanto de nuestra tierra, «hombres que han tenido la fortuna de nacer en una de las tres Marías Atlánticas.»

Cádiz, «que conoció a Fenicia allá en sus mocedades»; Huelva, de donde despegó aquella galera, «vieja fragata navegadora», que diría el canario Tomás Morales, y «que arrancó al mar en lucha fiera su secreto fatal de confesión; y Sevilla, marinera y labradora, que «hincha hacia el mar una vela», según reza el verso castizo y nuevo de Machado el esplendoroso.

Una Andalucía occidental, distinta y diversa, no obstante la afinidad de rasgos comunes, en el complejo magnífico de nuestra psicología de aquella otra Andalucía, que tiene un sueño interior, senequista y profundo en Córdoba, por cuyas calles graves y por cuyas plazas hondas, paseara el atavío de sus metáforas el racionero don Luis de Góngora; de Granada, nazarita y opulenta, corona de nieves en el pretil de la Sierra y verdor prolífico en los cármenes que duermen al arrullo del Darro y el Genil; de Jaén, serenidad ejemplar, estremecida de parir olivos, en una germinación ampulosa; de Almería, que al pie de la sierra de Gata, guardadora de mármoles espléndidos, tiene en su puerto un tumulto de naves, y de Málaga, predilecta ciudad del Mare Nostrum, en cuya cala magnífica, sobre la que se comba un cielo de azul puro, agita el último fenicio, como trofeo de triunfo, una tela de Sidón, de roja escarlata fascinadora...

Y toda esta Andalucía occidental, toda esta Andalucía baja, tiene en el Rocío, en su romería, una representación auténtica. Parece que las carretas adornadas que cruzan los caminos, son como hilos que unen a las tres provincias, en el amplio lugar en donde se asienta la ermita de la Blanca Paloma, marisma adentro, y que allí se dan cita la copla gaditana, que canta su sentimiento con gracioso desenfado, aires de Sanlúcar y del Puerto, con el fandanguillo choquero y con el latir de la seguidilla gitana, que un día tembló en el barrio trianero, mientras sonaba el martillo en el taller de la fragua, y los alfareros hacían del barro maravilla creadora y admirable.

Pero es que en el Rocío se dan cita también, forjando el carácter mayor de esta romería menor, los más típicos elementos de la Andalucía occidental...

MARISMAS

Si se va al Rocío por el camino de Almonte, hay que cruzar cerca de trece kilómetros de marisma. Si se llega al Rocío por Villamanrique de la Condesa, hay que atravesar otros tantos kilómetros de tierra arenosa.

Rodeado de arenas, en tierra marismeña, está el Rocío. Hoy es ya un poblado. La piedad y el amor han logrado construír alrededor del Santuario un número considerable de viviendas. No se habitan muchas durante el resto del año, pero en esta época de romería, a todas llega el afán humano y en todas se enciende la vida, con una iluminaria de evocación. Y en la marisma tiene la existencia bullicio y agitación de feria, torbellino de gentes enardecidas por el sol y estimulada por el fervor devocional.

¡La marisma!

Un diserto nos definirá la marisma, como un terreno bajo que se inunda con las aguas que rebosan del mar o de los ríos. Un novelista la verá al modo de José Más, en una de sus más vibrantes creaciones. Un poeta, nuestro Rodríguez Mateo, lleno de sentimiento popular, nos la hará ver como el momento cumbre en que el río, este sagrado río de Bética, recobra y gana su libertad perdida.

Oidlo:

¡Ya el río dejó zu oriya,
Que era una carze floría
De brimbes i de tarajes,
D'álamos i de lantiscas!
¡Ya er río dejó zu oriya!
Espués de mucho bregá
Zin pará noche ni día,
Los ariscos barandales
De los barrancos domina.
¡Zu libertá va cantando
Por medio de la marisma!

Un historiador erudito nos hablará de los esteros de la marisma y nos recordará que al lado de ellos, en remotas edades, se irguieron ciudades como Asta, Nábrissa y Onuba, entre otras. Y con todas estas evocaciones, los que hemos cruzado esta marisma, levantaremos el pensamiento y, recordando, la sentiremos llena, preñada de profundos clamores de vida; cruzada en vuelo raudo por aves múltiples; temblando sus caminos al paso de los toros bravos en cuyos lomos lucientes, de negra piel sedeña, la luna clara de la primavera pone un beso de plata, o trepidando cuando los potros en libertad y sin doma emprenden ágiles carreras, la crin al viento que la bate y acaricia, mientras el belfo brilla con humedad gozosa.

Y allá en la noche honda, algún zagal, entre adormilado y en vigilia, contemplando la inmensa llanura que el invierno llenó de agua en todas partes, menos en los cerrados altos, y mirando al cielo cuajado de centelleos de luz, pensará si fué Dios quien derramó el agua a torrentes sobre los campos, para que pudieran en sus cristales turbios, desbordados por juncias y florecillas, hacerse un guiño de coquetería sutil, las miriadas de estrellas que pueblan el firmamento...

¡ESE SOL, PADRE Y TIRANO...!

PENTECOSTÉS

La Romería se celebra a pleno sol, en el triunfo magnífico de su apogeo. Este sol andaluz, tiene un valor de exaltación inconfundible. Alguien ha dicho para relacionar el escudo menor hispalense, con la fuerte personalidad cultural que el complejo andaluz ofrece, que la madeja representa el momento en que los hilos de cien civilizaciones se entrelazan y funden, al beso del sol de Mediodía, para producir ese espectáculo, aún no profundamente estudiado, de una cultura típica, característica, original y, sin embargo, de sentido ampliamente universalista.

Voegel ha sostenido la influencia del medio físico en la civilización de los pueblos, y como una verdad científica de la mayor autoridad, gana cuerpo en las investigaciones el estudio del elemento material, determinante del proceso histórico intelectual.

Sin entrar en una disquisición sutil lejos de la finalidad de estas notas, basta señalar como algo típico el hecho de que esta romería tenga lugar en los días de Pentecostés, cuando la Iglesia latina celebra una de las fiestas litúrgicas más importantes, que coincide, según la expresión del vocablo, con el día quincuagésimo posterior a la Pascua de Resurrección. Y existe cierta relación parabólica posible entre uno y otro hecho.

Al cumplirse el día de Pentecostés, según el texto, y estando reunidos en un mismo lugar los apóstoles y discípulos del Señor, sobre la hora de tercia, se produjo de improviso un estruendo, cuyo eco resonó en todos los lugares de Jerusalén y atrajo hacia el Cenáculo, a una muchedumbre curiosa y expectante. El Espíritu Santo descendió sobre la cabeza de Apóstoles y discípulos en forma de lenguas de fuego. Los hombres rudos, toscos, pusilánimes, que siguieron a Cristo y profesaron sus doctrinas, se sintieron transformados por el prodigio. Llenóse el corazón de fe ardiente en cada uno. Brotó abundante el caudal de la palabra, en labios más dados al silencio que a la expresión de los conceptos en voz alta. Y aquellos hombres se extendieron por el orbe y predicaron la buena nueva y llevaron a todas partes el fervor de maravilla de su doctrina, para encender los ámbitos de la historia, que se abría a la obra de una civilización majestuosa.

¡Pentecostés!

Y he aquí que esta Romería, que coincide con la fiesta de la Quincuagésima, se celebra precisamente en Andalucía, cuando las lenguas de fuego del sol de junio van despertando quimeras alborotadas en los cerebros, y arde el entusiasmo en el fondo de los corazones. Este sol, gracia y castigo del mediodía andaluz, calienta los líquidos en todos los vasos humanos, arcilla moldeada por un soplo creador. Y así la Romería, agitación y fiesta, es al mismo tiempo, exaltación de un sentimiento religioso, propio de las muchedumbres, que se ennoblece en un anhelo devocional y puro y reviste formas externas de belleza incomparable.

REFRANES DE ROMERÍA.
EL SENTIDO ESPIRITUAL
DE LA JUERGA ANDALUZA

Sin penetrar en el sentido religioso, auténticamente religioso de esta Romería, que ello queda a buena cuenta de los doctores de la Iglesia, conviene examinar algún otro aspecto de este singular acontecimiento de arte popular, poniéndolo en relación con los refranes, sentencias y dichos de la experiencia ajena, que marcan y denotan peculiaridades de esta clase de manifestaciones singularísimas.

«Romería de cerca, mucho vino y poca cera» cuenta un castizo refrán. Y añade otro: «Quien muchas romerías anda, nunca o tarde se santifica.» Y aqueste rezonga: «A las romerías y a las bodas, van las locas todas.» Y estotro murmura: «Romero ahito, saca zatico.» Y así, en una larga relación, se llegaría a poner en claro que esto de *echar un romero,* tanto vale como sentar plaza en diversiones fáciles o ganar puesto en zarabandas de alegre tono.

Ir de romería no es cruzar, se dirá alguien, un trozo de la tierra para llegar a un lugar sagrado, en penitencia dura y en cumplimiento de un voto. Murió el peregrino y se perdió el romero. La estampa de aquél, con bordón y esclavina, pasó a la historia. Es un airón romántico, de cosa añeja y pretérita. Hoy el peregrino no se enardece de fervores íntimos, ni siente el inefable deliquio místico que le lleva a caminar por múltiples sendas, en pos de un ideal. Romero que fué a Roma, cruzado y palmerino de Jerusalén, jacobita de Santiago de Compostela, ¿dónde estás?

Los hay. Indudablemente. Se ha perdido el modo, la forma, lo externo, lo anecdótico. Pero el anhelo íntimo, vive. Y en las romerías menores, este aspecto externo, anecdótico, se cruza y entrelaza con las costumbres típicas y populares, de tal suerte, que sería gran obra no perder estos frondosos ejemplos, en que vive como una palpitación sagrada, todo el sabor tradicional de las costumbres de un pueblo.

Porque el romero del Rocío, que reza el rosario y se estremece el día de la procesión, con un estremecimiento multitudinario, que

tiene las características de la psicología colectiva, se divierte también en los días de su estancia breve en aquel cacho de la marisma, y enseña al observador—de ahí la trascendencia de este aspecto—todos los repliegues profundos del alma andaluza.

Rafael Cansinos-Assen, ha dicho en palabras traslúcidas algo que viene aquí a obligada colación. «Las grandes concentraciones en la pasión del alma sevillana—para él, Sevilla es ejemplo y síntesis—requieren las efusiones periódicas logradas en las «juergas», que reivindican su nombre griego de orgías, ya que son como purificaciones que limpian las almas con el zumo de la vid, de sagrado abolengo, y mantiene el contacto con las grandes pasiones estilizadas en la danza y en el canto.» ¡La danza y el canto! Pero ¿es que no fueron ellas las primeras manifestaciones del sentimiento religioso, al adoptar formas litúrgicas tradicionales?

No excluye la devoción a la diversión, cuando se trata de cosas de añeja raigambre andaluza. Es más, se dan en un gracioso y paradójico complemento. En Sevilla, el anhelo pasional y místico de la Semana Mayor, desemboca natural y sencillamente en el tumulto de alegría de sus fiestas primaverales. La luna llena del Parasceve, en la gloriosa anunciación de la primavera nueva, hace un guiño feliz a los alborotos festivos de la feria. Y puede darse el tránsito sin violencias, porque el alma andaluza, que tiene para su recato la guarda de sellos orientales insuperables, es magníficamente romántica y de una castidad dulce y mansa. Observadla si no en el Rocío. La diversión es honesta, como honestas son fundamentalmente las coplas andaluzas. Nada denuncia en ellas la lujuria, ni el deseo carnal incontenido. Todo va en una sublime aspiración a lo absoluto, a enveredarse por caminos de honda trascendencia espiritualista. Y el vino que es sagrado fruto de las vides, y el sol que calienta los corazones y la marisma seca y árida que centellea por tantos rayos de luz estremecida, no cuajan en trances de paganía, sino que llevan a las gentes por exaltación de sentimientos hacia regiones claras, en que toda castidad tiene su asiento y toda idea elevada glorificaciones de pureza.

He aquí otro aspecto singular y único que ofrece a la contemplación este espectáculo del Rocío, a la contemplación del profano, que limpio de corazón quiera penetrar en el profundo sentido de esta fiesta de la Andalucía baja.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

EL ROSARIO

Pero de todo lo que puede encantar el ánimo, nada igual, parecido o semejante al Rosario.

Lo he contemplado en dos ocasiones diferentes y con distinta compañía. Fué una, va para cuatro años, en compañia de un ilustre autor de obras de crítica filosófica. Fué otra, no hace más que un año, llevando al lado a un académico amigo, docto en disciplinas teológicas, versado en el estudio de las Escrituras y enardecido por el sentimiento religioso de su profesión sacerdotal.

Por distintos senderos a ambos les llegó la emoción inconfundible del espectáculo.

En la noche profunda constelada de estrellas, en medio de aquella marisma abrasada de sol durante el día, surgía el espectáculo maravilloso de una procesión de penitencia. Romeros y romeras, ellos con el ancho sombrero en una mano y ellas cubiertas con un pañuelo, formando larga fila, iban dando vueltas al lugar para retornar a la ermita de donde salieron. Cantaban con acordes monorrítmicos el rosario. Cada vez que pasaban por delante de una hermandad, se hacía un alto y una incorporación. Las bengalas derramaban sus luces por aquel sitio y las siluetas de los romeros adquirían proporciones fantasmales. Al fondo, colocadas en orden, se encontraban las carretas con sus lonas blancas, puestas en fila, como si quisieran unirse al cortejo. El aire de la noche se entraba por los pulmones dando un beso consolador de frescura. Y la procesión, vuelta a poner en marcha, seguía su camino bajo la luz de las estrellas altas en la noche estival, arrastrando su cortejo de rezos y sus melodías de cantares...

¡Único e incopiable espectáculo! Así ganó al que fuera conmigo unos años antes, y dejó también profunda huella emocional y religiosa en el ánimo del canónigo y académico. Y es que se daban en aquel hecho un concierto de causas que son propicias para producir tal resultado: el arte popular andaluz y el sentimiento religioso de una masa. Y todo en plena naturaleza, fuera del ámbito de las ciudades, en el lugar que justifica aquella exclamación de Goëthe:

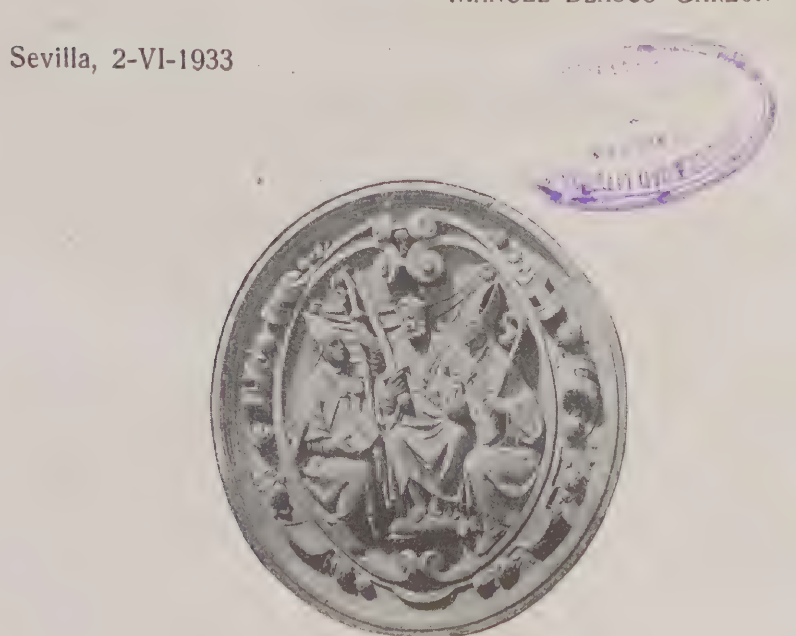
«¡Animo! ¡Alerta! ¡Al aire libre!...! Y si la naturaleza se digna instruírte, sentirás cómo se extiende en ti la fuerza del alma, y sabrás cómo se hablan unos a otros los espíritus».

COLOFÓN

Ya llegan las carretas a Triana. Desde lo alto de Castilleja bajaron al llano entre aclamaciones. Ya entraron en la iglesia. ¿Qué queda del acontecimiento? Queda este sentido andaluz que lo preside y le da trascendencia. Queda un lema lleno de evocaciones para el artista, para el psicólogo, para el comentador literario. Y queda flotando en el ambiente como un airón de eternidad, el verbo maravilloso del alma andaluza, tan compleja, tan varia, tan llena de sutilezas artísticas, tan profundamente romántica y tan digna de ser reverenciada por su influencia decisiva en la cultura del mundo.

MANUEL BLASCO GARZÓN

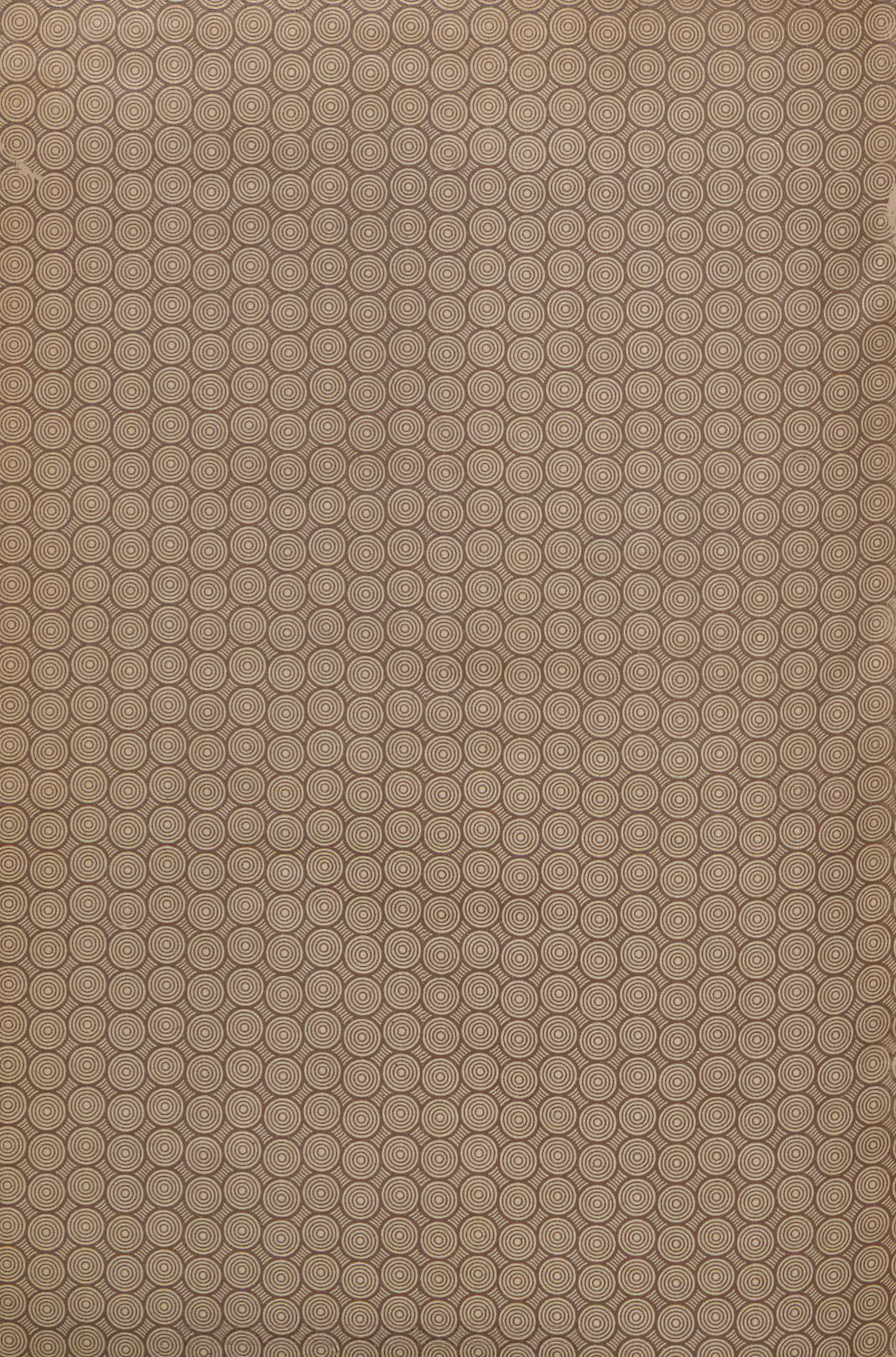
Sevilla, 2-VI-1933

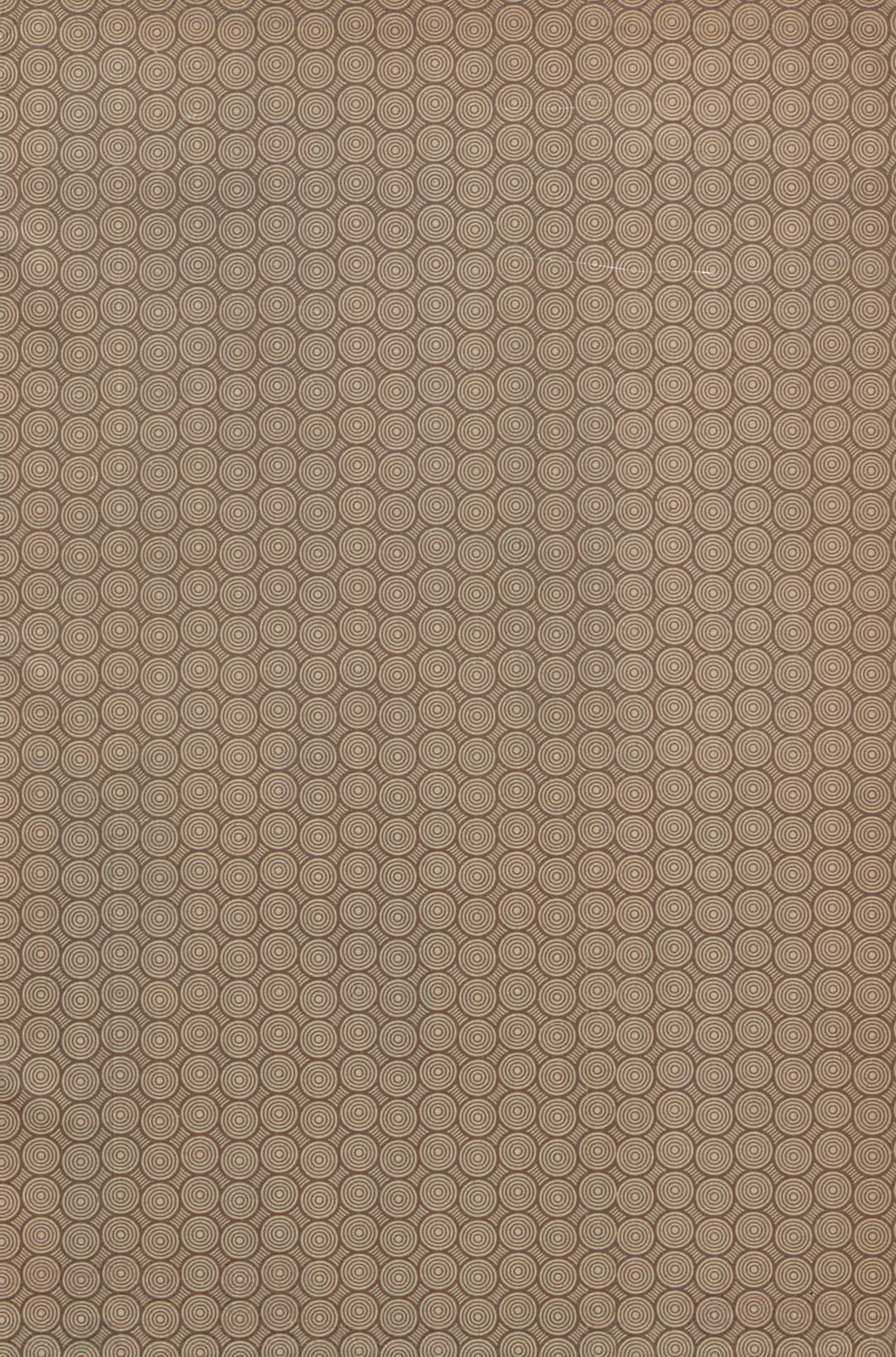


Redacción y Administración:
PLAZA DEL MUSEO N.º 8

PRECIO DE ESTE NÚMERO:
Cuatro pesetas

Imp. y Lib. Sobrino de Izquierdo.—Francos, 43-47.—Sevilla






BOLETIN
DE LA
REAL ACADEMIA
SEVILLANA
DE
BUENAS LETRAS
IV
J. HAZAÑAS
Rev.
260/5

calibrite

colorchecker CLASSIC

mm